

EDITORIAL

Con el envío de esta publicación terminamos la relectura de la primera etapa del camino de Emaús con otras voces diferentes a las que asumieron el itinerario de los subsidios. Después del capítulo VII del *“Riesgo de Jesucristo”*, sobre los votos en proceso de refundación, que nos entrega Simón Pedro Arnold, Darío Carrero propone su iluminación personal de la experiencia eucarística de los compañeros de Jesús mientras Rosa Ramos emprende su propio camino de retorno a Jerusalén.

La otra mirada teológica, por esta vez está a cargo de nuestro vicepresidente Armando Rafo. El nos entrega aquí sus reflexiones sobre la vida religiosa. Por otra parte Manuel Vasallo, sacerdote diocesano peruano, formador en el seminario nuestra Señora de Guadalupe del surandino, comparte con nosotros sus sentimientos al vernos vivir. Le hemos confiado la rúbrica : *“Como nos ven”*.

Desde muchos países y comunidades nos llegan comentarios felices sobre el caminar en esta primera etapa. Los que ideamos la propuesta nos sentimos felices también y nos preparamos ya para la segunda recta del camino. En estrecha comunión con la presidencia de la CLAR, el equipo asesor se pone en marcha para elaborar nuevos materiales que serán confrontados y corregidos pronto. Mientras tanto, preparamos el último número de la revista para lo que va del año. Pensamos dedicarlo a los retos que lanzan Dios y el momento actual a los varones en la Vida Religiosa. Si nuestros lectores, varones y mujeres tienen opiniones, inquietudes o testimonios son bienvenidos.

Adelante en la fe y la esperanza con la alegría que nos da el seguir a Jesús en el hoy de la Vida Religiosa latinoamericana en comunión con toda la Iglesia universal.

Simón Pedro Arnold, osb.
Responsable de la redacción.

EL RIESGO DE JESUCRISTO

REALISMO Y UTOPIA: ENTRE SOLEDAD Y SOLIDARIDAD

Simón Pedro Arnold, osb.

Resumen: En estas páginas, el autor trata de relacionar vocación o identidad de la vida religiosa con su misión no tanto ya desde la perspectiva de un idealismo frágil sino de una opción y decisión por lo humano. Es lo que llama la soledad y la solidaridad ontológica. Identidad religiosa y misión se ven así estrechamente ligadas en un amor que se despoja hasta identificar con la “gana de Dios” y una fe que se traduce en el riesgo de un amor incondicional. A partir de estas categorías de análisis, se interroga a propósito de una serie de impasses de la vida religiosa de hoy: la cuestión de la lealtad comunitaria, de las alianzas sociales y políticas y del nuevo macro ecumenismo o nueva catolicidad de la Iglesia empujada por los últimos papas.

Sintese: Nestas páginas, o autor trata de relacionar vocação ou identidade da vida religiosa com sua missão não tanto a partir da perspectiva de um idealismo frágil senão de uma opção e decisão do humano. É o que chama de solidão e solidariedade ontológica. Identidade religiosa e missão estão assim estritamente ligadas num amor que se despoja até se identificar com “o desejo de Deus” e numa fé que se traduz no risco de um amor incondicional. A partir dessas categorias de análise, se interroga a propósito de uma série de impasses da vida religiosa de hoje: a questão da lealdade comunitária, das alianças sociais e políticas e do novo macro ecumenismo ou nova catolicidade da Igreja, conduzida pelos últimos papas

Abstract: In this pages the author try to relate vocation or identity of the religious life with its mission not so much from the perspective of a fragile idealism but of one human option and decision. It's what is call ontological solitude and solidarity. Religious identity and mission are seen in this way tightly joined in a strip love till it be identify with the “Gana de Dios” ”Wish of God” and a faith that is translated in their risk of an unconditional love. From this categories of analysis the question is about the purpose of a series of impasses of the religious life today: the argument of the community loyalty, of the social and political alliance and of the new macro ecumenism or new Catholicism of the church push by the last popes.

VIII REALISMO Y UTOPIA: ENTRE SOLEDAD Y SOLIDARIDAD.

Después de habernos zambullido en el doble misterio de la finitud humana y de la noche del misterio de Dios, comprendemos que la vida religiosa, como tarea de verdadera humanización y experiencia mística, es una formidable escuela de realismo que cultiva, paradójicamente, la más grande de las utopías: la esperanza. Podríamos decir, inclusive, en un lenguaje algo contradictorio, que la Vida Religiosa es la aventura del realismo “de” la esperanza. Esta aparente contradicción de la fe en Cristo tiene dos vertientes que me propongo ahora explorar: la soledad y la solidaridad.

Una soledad ontológica.

La desnudez del nacimiento y de la muerte tienen que ver con la soledad ontológica de lo humano. En otro momento hemos contemplado esta desnudez como la vocación originaria de la humanidad tal como Dios la había soñado antes que nos extraviáramos en el error original. Retornar a la desnudez edénica que es el reto de nuestra resurrección en Cristo, supone, primero, volver a la soledad que nos constituye como seres de constante nacimiento y de constante muerte. La vida religiosa es, a la vez, una opción por la desnudez espiritual y una escuela para lograrla plenamente. Aquí, aprendemos, gozosa y dolorosamente, a asumir nuestra soledad de criaturas ansiosas de Dios, a reconciliarnos con ella y, más aún, a amarla como nuestro tesoro más precioso.

En este sentido, nuestra vida consagrada es el largo aprendizaje de una lucidez nueva que no es escepticismo ni pesimismo resignado. Dios nos modela para que aprendamos juntos, de nosotros mismos y de los demás, la clarividencia y la sinceridad. Se decía de Jesús que nadie podía engañarlo sobre lo que hay en lo más profundo de los humanos. Así es nuestro aprendizaje a la sombra de este Hijo de hombre que es Hijo de Dios. Nosotros también, como el maestro, estamos llamados a ser expertos en humanidad, según la bella expresión de Pablo VI, es decir expertos de los mecanismos más sutiles de nuestros pensamientos, sentimientos y actitudes humanas.

A través de fracasos y logros, decepciones y sorpresas, hemos aprendido que el amor no es simple sentimiento superficial que brota de la simpatía, de la admiración o del deseo de la reciprocidad. Como nos dice san Pablo: “La prueba que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros”¹. Con esta lucidez espiritual, nuestro deseo se libera de sus condicionantes para volverse una decisión y una opción que no espera ni mérito ni respuesta para darse. La escuela de esta entrega lúcida, de esta opción sin retorno y sin condición por el amor es nuestra vida comunitaria, nuestra misión en medio de los humanos y nuestra propia historia afectiva. Ahí donde hemos aprendido a dudar de nosotros y de nosotras mismas y de nuestros congéneres, ahí mismo optamos por un don más allá de todo escepticismo y pesimismo paralizante.

Es en este terreno del realismo de la esperanza, como lo hemos llamado, que el amor se vuelve acto de fe y la fe una experiencia irrenunciable de amor. No hay otro terreno, en definitiva, para ir construyendo una verdadera fidelidad en la libertad. Nada dura entre los humanos, que no haya pasado por la muerte de las ilusiones y por el crisol de una decisión terca renovada en plena oscuridad.

¿No será acaso el sentido profundo de la primera Bienaventuranza de Mateo cuando nos promete la dicha de los pobres en espíritu? Se trata de esta soledad ontológica de aquel que, por la experiencia de su propia inanidad y de la fragilidad de sus compañeros y compañeras de ruta, bajó hasta lo último de sí mismo para reconocerse amado “y punto”. Feliz aquel que, habiendo perdido toda ilusión, se queda sólo con el amor desnudo. La soledad ontológica de la que estamos hablando aquí, es la conciencia aguda de nuestra

¹ Rm 6, 8.

doble desnudez de nacientes y mortales permanentes donde Dios no cesa nunca de tomar partido por nosotros y nosotras.

La solidaridad como decisión.

La experiencia de la soledad que acabamos de contemplar es el fundamento de una verdadera solidaridad a la manera del evangelio. Desde la soledad de Belén hasta la soledad de Getsemaní y de la cruz, Jesús va afirmando la opción de Dios por la humanidad, no porque nos la mereceríamos, según la ingenua propuesta del joven rico, sino, como dice tan bellamente el evangelio, “porque le dio la gana”. La opción de Dios por los pobres aparece así como el paradigma de esta “gana” de Dios que llamamos la gracia. Los pobres son los escogidos de Dios porque son incapaces de imaginar otra lógica que la gracia.

Nuestra solidaridad con la humanidad, que llamamos misión, brota, en definitiva, de nuestra experiencia de la soledad ontológica. En este sentido, la crisis religiosa de la modernidad y de la posmodernidad que hemos evocado en el capítulo anterior, es el horno y el crisol de nuestra fidelidad, es decir de nuestra solidaridad. Por ella nos enraizamos en la convicción solidaria de Dios compartida, sin ningún otro motivo. Nuestros votos son un pacto de solidaridad con la humanidad a causa de Dios. Amamos y optamos por los humanos porque “a Dios le dio la gana” y compartimos su gana. Esta es la locura de la cruz, la sabiduría pascual que adoptamos con Jesucristo al profesar en la vida religiosa. Como los padres y hermanos adoptivos acogen a un niño extranjero recién nacido, sin condición y sin saber si tendrá el carácter, la salud o la inteligencia que respondan a este amor, nos hacemos hermanos adoptivos de la humanidad huérfana del Dios incondicional.

Pero esta solidaridad, a su vez “ontológica”, de los consagrado y consagradas, se aprende en el áspero despojo de la experiencia humana en todas sus dimensiones, como venimos proclamándolo desde un comienzo. La escuela por excelencia de este aprendizaje es, a la vez, la comunidad fraterna y la misión con el pueblo de Dios.

La comunidad religiosa, en primer lugar, es precisamente esta familia de adoptados mutuos, huérfanos del Dios incondicional. Al entrar a la comunidad, no nos percatamos de los defectos, de las enfermedades morales, espirituales y psicológicas de nuestros compañeros y compañeras de ruta. Los adoptamos y nos adoptan, con todo el riesgo de esta “gana de Dios” que apuesta por ellos y por nosotros. Así, la comunidad se vuelve escuela de la fe que lleva a la decisión del amor incondicional, amor que pone su confianza en Dios que nos llama junto y juntas a caminar. No quita que, día tras día, se va agudizando la lucidez recíproca sobre las taras de la vida fraterna y de las personas implicadas en ella. Poco a poco soltamos las ilusiones fusionales, y hasta de simple reciprocidad armoniosa para optar, desde la desnudez de nuestra soledad, por la comunidad con sólo la “gana de Dios”, pase lo que pase. Los pobres conocen esta experiencia de lealtad comunitaria que llamamos solidaridad y que comienza por casa. ¡Cómo duele al solitario-comunitario ver esta lealtad quebrantada por crisis afectivas personales que no han podido ser acogidas, procesadas y redimidas en el seno de la comunidad! Pienso que la vida religiosa contemporánea sufre una grave crisis de lealtad comunitaria. Así interpreto yo las palabras furibundas de Clodovis Boff hace unos años.

Hay que tomar en serio esta enfermedad endémica, tanto entre jóvenes como entre menos jóvenes de nuestras comunidades. Pues, se trata del sentido de la fidelidad como experiencia de Dios compartida en la apuesta por el Reino, más allá de los climas y de los afectos particulares. Lejos de mí, aquí, juzgar a las personas. Trato de interrogar nuestra vivencia común a la luz de este cuestionamiento frontal de la calidad de nuestra fraternidad.

La segunda escuela de la solidaridad ontológica es, por supuesto, la misión en medio del pueblo de Dios. Si todos empezamos la trayectoria misionera con un entusiasmo no exento de ingenuidades e ilusiones, pronto estamos confrontados con el límite del pecado, tanto en nosotros como en la comunidad cristiana. La indiferencia, la inconstancia, las incoherencias las diferencias culturales y de clases son sólo algunos de los agujeros que, desde muy pronto, van desmoronando nuestros ideales misioneros. Recién en este momento de lucidez, podemos enraizar nuestra vocación solidaria con un pueblo pecador. No lo servimos porque responde sino porque Cristo murió por él. En particular, en todo lo que toca nuestra opción por los pobres, pronto nos damos cuenta de las ambigüedades de nuestras actitudes más allá de nuestros discursos y de las contradicciones de los pobres mismos en su afán de subir o de aplastar. No decidimos servirles porque sean más santos que los ricos sino por la “gana de Dios”, una vez más. La misión, en todas sus dimensiones de servicio, de kerigma, de acompañamiento, de promoción etc., no tiene otro fundamento que este amor de fe y esta fe de amor de los que estamos hablando desde el comienzo de este capítulo. No quiero decir que no tengamos derecho a gustar algún placer en hacerlo y en las relaciones con nuestro pueblo. Pero esto no es la razón de ser de nuestra misión. Nuestro placer misionero fundante está en Cristo. Se trata de la alegría de Juan Bautista que acepta disminuir para que el “novio” crezca en su amor por la “novia”, Cristo con la comunidad. Muchas veces no sentiremos ni veremos nada de este canto del novio y de la novia. Sólo, desde la oscuridad, como el precursor, nos tocará apostar por la boda sin escuchar, ni siquiera a lo lejos, la orquesta ni el baile.

Fuera de esta experiencia, no es de asombrarse que la comunidad religiosa sirva de refugio ante las frustraciones de la misión, o que el afecto del pueblo aparezca como una alternativa al desierto afectivo de la vida fraterna. Las dos escuelas de la solidaridad, comunidad y misión, no pueden nunca andar separadas o en competencia si queremos mantenernos en nuestra identidad de religiosos y religiosas.

En definitiva, decidimos dedicarnos con realismo a la más loca de las utopías: el Reino. La diferencia entre utopía e ilusión está, precisamente, en esta experiencia de la soledad ontológica. No construimos el Reino, ni en comunidad ni en la misión. Lo preparamos y lo esperamos atendiendo al amor de fe, cuidando a estos pequeños tanto de adentro como de afuera, a quienes “le dio la gana” a Dios de revelarse. Siervos inútiles y sin embargo llenos de alegría, nos dedicamos a esta preparación de la casa del novio y a la espera impaciente de su venida, apoyados, claro está, en esta experiencia mística estudiada en el capítulo anterior. La noche oscura se ilumina por la espera del Novio del Reino. Y esta alegría, como nos dice san Juan, nadie nos la podrá quitar, ni las traiciones, ni las heridas afectivas, ni los cansancios de guerreros sin victorias.

Un humanismo compartido.

La decisión de la solidaridad humana no es, evidentemente, propia de los religiosos y religiosas. Es la utopía y el sueño de todos los humanistas, creyentes o no. En esta aventura, nos sentimos hermanos y hermanas de todos los artesanos de paz, de todos los que tienen hambre y sed de justicia, de todos los perseguidos por amar y defender los derechos humanos. No estamos solos ni somos pocos. Los últimos acontecimientos² en las conferencias internacionales sobre mundialización demuestran que existe hoy una globalización de la solidaridad en la que nos insertamos con nuestra especificidad de creyentes, de cristianos y de religiosos y de religiosas.

En esta convicción amplia de solidaridad humana, nuestras primeras credenciales se encuentran en nuestra propia transformación personal y comunitaria. Así, nuestra primera misión es nuestra vocación a la conversión evangélica. Nuestra propia sanación humana, cuyo taller es la comunidad religiosa y la comunidad cristiana del pueblo de Dios, se vuelve el signo privilegiado de la humanidad redimida que anunciamos y preparamos por nuestra labor. Creer en lo humano implica primero creer en su propia transformación en el camino de los votos como senda de evangelio. Fuera de esta tarea, nuestro discurso y nuestro trabajo misionero cae en las críticas que Jesús lanza a los fariseos y escribas hipócritas. Conocerse a sí mismo radicalmente gracias a la radiografía amorosa de la mirada comunitaria, nos lleva a conocer lo humano sin asustarnos de nada, acompañando toda fragilidad y todo pecado con la misma ternura de Cristo.

Este acompañamiento humano a nosotros mismos y a nuestra comunidad, tanto religiosa como eclesial, nos hace aptos para acompañar toda vagancia humana. El conocimiento lúcido que tenía Jesús de lo humano no sirvió para horrorizarlo ni alejarlo de sus contemporáneos en una fuga puritana. Al contrario, se hizo peregrino con ellos de sus vagancias. Más aún, solo vino para los errantes, los enfermos y los pecadores. Por estas afirmaciones nos hacía entender que la aventura humana es una vagancia y que la perfección no es de nosotros. El que se pretende santo, como los fariseos, es un mentiroso o un ingenuo. Nuestros huéspedes de camino hacia el santuario del Reino son todos los que, como nosotros, necesitan ser redimidos.

Si tal es nuestra misión, la frontera con la que caracterizamos nuestra vocación misionera específica, tiene que ver con el pecado, el drama de lo humano. Nuestro lugar no es la norma sino la “delincuencia”. Nuestros amigos no son los santos sino los pecadores. Pablo, incluso va más lejos aún en la audacia. Dice: “me hice bárbaro con los bárbaros, sin ley con los sin ley...” . De cierta manera, la vida religiosa en sí, en su identificación radical con los delincuentes de un mundo excluyente y de leyes injustas, es una opción “delincuente” a la manera de Jesús que carga con la impureza de los impuros a quienes libera. Nuestra vocación está, por así decirlo, fuera de las normas y de los marcos establecidos. Basta mirar la vida de nuestros fundadores y sus innumerables conflictos con la jerarquía, tanto eclesial como civil, para darse cuenta que su opción por los errantes incomodaba. En América Latina, no son pocos los ejemplos de religiosos y religiosas marginados, incomprendidos y hasta excluidos por su cercanía con los errantes del mundo.

² Ver los disturbios de la conferencia de Génova y de las reuniones anteriores de los dueños de la economía mundial. Ver también la conferencia de las ONG en Porto Alegre en 2000.

Pero, en cambio, cuando nuestro propio aparato institucional y nuestra preocupación exagerada por quedar bien con el establishment de la sociedad que nos rodea nos incapacitan para el acompañamiento de los pecadores, excluidos, despreciados y marginales, hemos traicionado nuestra vocación esencial y nuestra misión pierde todo sabor profético. Qué importante, para evitar esta deriva histórica tan común, dejarnos cuestionar constantemente por los errantes, los pecadores y los excluidos, antes que por el sistema establecido. Nuestros jueces y nuestro tribunal evangélico, no lo olvidemos, serán los sedientos, los hambrientos, los desnudos y los presos de los que habla el capítulo 25 de Mateo antes que una ley humana.

Para evitar estos desvíos sutiles y muchas veces inconscientes, es importante cultivar cuidadosamente nuestros vínculos con todos los amigos de la humanidad. Es muy cierto para nosotros también el dicho popular: “dime con quien andas y yo te diré quien eres”. En un momento de refundación es preciso verificar nuestras alianzas. ¿Quiénes son nuestros amigos y, por qué no decirlo, quiénes son nuestros enemigos? Pues, Jesús nunca nos pidió no tener enemigos, lo que significaría que nuestra vida no molesta a nadie y, por lo tanto, no es evangélica. Nos mandó “amar a nuestros enemigos”. Revisar nuestras alianzas, en este momento implica ver con quienes andamos y quienes son los que, muy normalmente, deben hacernos la guerra. En la lógica de lo que meditamos aquí, nuestros amigos naturales son los amigos de la humanidad, de los pobres, sean de nuestra casa o de fuera de ella. Asimismo, nuestros enemigos naturales son los que matan a la humanidad, sean de casa o de fuera de ella. Puede ser que un hermano o una hermana en la fe sea nuestro adversario en la solidaridad ontológica que llamamos misión. Experiencia dolorosa donde tendremos que desarrollar tesoros de humildad y de ternura para emprender un diálogo de cuestionamiento mutuo bajo la crítica común del evangelio, sin traicionar nuestras solidaridades, cuestionando, eso sí, nuestras ideologías justificadoras por ambos lados.

Los últimos papas del siglo XX han sabido abrirse a esta solidaridad de los amigos de la humanidad. Pienso en Juan XXIII quien inauguró una nueva manera de ser Iglesia en el mundo, en Pablo VI en la ONU haciéndose el aliado de los que buscan la paz y en Juan Pablo II, apóstol de la paz, de la justicia y del diálogo ecuménico. El encuentro de Asís, en 1984, donde el papa convocó a todos los creyentes del mundo para rezar por la paz, es como el paradigma de estas nuevas alianzas sin fronteras donde la Iglesia pone a la disposición de la humanidad su experiencia, su tradición y sus inquietudes. Estas alianzas transversales con todos los amigos de la humanidad, son de suma importancia en un momento en que se vuelve a plantear la desaparición de la humanidad y una selección científica con criterios de rentabilidad desde los más fuertes³. Esta nueva actitud nos lleva a comprender nuestra identidad más desde la catolicidad de Pentecostés, necesariamente plural, que desde la reafirmación de principios estrechos de identidad excluyente.

Sin dejar de preocuparnos por el anuncio explícito de la Palabra y de la Buena Nueva de Jesús, nos toca hacerlo con la modestia convincente de los que prefieren tocar su instrumento propio en el concierto plural de todos los que “pasan haciendo el bien”, como se dice de Jesús en los Hechos. Pues, hoy en día los grandes discursos racionales y los

³ Ver FUKUYAMA en su artículo reciente titulado “El fin de la humanidad” en continuación de su libro famosos “El fin de la Historia”.

relatos ideológicos parecen no tener eco en un cultura decepcionada y que busca más los signos que la sabiduría abstracta, para retomar las categorías paulinas. En este sentido, el Kerigma hoy pasa, ante todo, por el testimonio modesto y fuerte de los que nos pretendemos salvados y testigos del Salvador. El momento por el que pasa la humanidad es tan crucial que no puede haber otra urgencia misionera que la bondad, a la manera de Jesús de Francisco y tantos otros. En tiempos de crisis, la Palabra se hace carne de manera más explícita en esta bondad que se abre a todos sin exclusivas y sin condiciones.

En conclusión, si nuestra experiencia mística, evocada anteriormente, planteaba el retorno a la fe desnuda en Jesús solo, la solidaridad ontológica, como hemos caracterizado la misión, implica una fe radical y sin retorno en la humanidad. Como la fe en Jesús implicaba, de alguna manera, pasar por el martirio de nuestros ídolos y evidencias religiosas, la fe en la humanidad supone, a su vez, un martirio es decir un testimonio radical de opción y de renuncia, de anuncio y de denuncia. Optar por la humanidad, hoy, como misioneros de Jesús, implica, sin duda, interrogar muchas prácticas nuestras, sutilmente inhumanas e inconscientemente opuestas a la vida. Esto va de la banalización de la muerte (aborto, lucha contra el sida, protección del ecosistema, denuncia del racismo y de la esclavitud, dignidad de las mujeres, de los niños y de las culturas etc.) con las que nos encontramos enredados sin darnos cuenta, hasta el temor de tomar partido a contra corriente por la vida en todo y por todas partes. Si Jesús vino para que tengamos la vida en abundancia, nuestra única misión va por estas sendas peligrosas de la vida amenazada.

POR LOS CAMINOS DE LA REFUNDACION

Angel Darío Carrero, ofm

Existe una sensación generalizada de que nuestros modelos y paradigmas históricos no dan para más, que estamos globalmente en crisis y, por tanto, nuevos caminos quieren abrirse, no tanto como época de cambios, sino como cambio de época; no tanto como renovación, sino como nuevo comienzo a partir de los fundamentos o del Fundamento. Junto al pesado establecimiento del sistema capitalista neoliberal, hay ansias de refundación en muchos horizontes.

Cohabitan, sin embargo, los extremos. Por un lado, están los que se aferran al pasado moderno o premoderno y, por otro, los que se lanzan acríticamente a lo nuevo bajo la etiqueta de neoconservadores o posmodernos. También están los que buscan vivir este momento en actitud de discernimiento: fieles a los núcleos irrenunciables de los derechos humanos y de la fe liberadora, pero en diálogo fecundo y crítico con la novedad. Son aquellos que no quieren recetas para la historia, sino mantener la actitud de quienes acogen a la noche y al peligro como lugares donde «crece lo que nos salva». Quisiéramos caminar por este estrecho sendero «conversando» como los discípulos de Emaús, en torno a tres puntos a mi parecer esenciales para la refundación de la Vida religiosa en América latina y el Caribe. Estos son: la necesaria cercanía a la realidad de nuestro mundo, la comunión con el Dios uno y Trino y la praxis desde una coherencia evangélica.

1. Las manos teñidas del espesor de la realidad

La vida religiosa sabe que a lo largo de la historia se ha fundado en contextos sociales y eclesiales de crisis, de ruptura, de pérdida de sentido. La diversidad de carismas y respuestas que caracterizan a la vida religiosa ponen de manifiesto la diversidad de contextos históricos en quiebra de lo que han surgido. Nuestras órdenes y congregaciones, bajo inspiración divina, fundaron y fundieron sus historias en la historia de los menores de aquellas sociedades, al grado de desplazarse a las periferias, a los desiertos y a las fronteras. Por ello, este tiempo de transición epocal y sus inherentes desafíos no nos toman por sorpresa: resuenan en las entrañas mismas de nuestros carismas fundacionales.

Esta memoria se despierta en nosotros no como ocasión para vanagloriarnos de la encarnación histórica de nuestros padres y madres —como rechazaba san Francisco— sino para sentirnos (con gran consuelo) parte de un camino más grande y responsables —para asombro nuestro— de la tarea de continuarlo en él nuestro hoy. Este es el mejor tributo a nuestros orígenes: fidelidad a Dios en nuestro hoy.

Por eso muchos religiosos y religiosas perciben como propio ese hoy de amenazas y de cruces que persiguen a los pobres, especialmente a mujeres y niños. Se lanzan a dar nombres a lo que está pasando, como primer signo de liberación: el endiosamiento del mercado que beneficia a una selecta minoría y empobrece a las grandes mayoría; la farandulización y burocratización progresiva del estado; la revolución tecnológica instrumentalizada para dar rostro al siglo XXI como siglo del desempleo; la privatización desmedida de todos los bienes del Estado creando una inseguridad generalizada; la globalización rampante sin criterios éticos; el sincretismo religioso que explota las necesidades inmediatas para ofrecer paliativos alienantes...

Junto a esta pesada realidad, apenas sugerida y leída desde el hogar de la fe y de la esperanza, van apareciendo —aunque tímidamente— constantes para nuestro futuro, luces que van abriéndose paso en la noche oscura de los pueblos y que muchos religiosos se arriesgan a acompañar como opción de vida: el fomento de formas concretas de trabajo, incluso no remunerado, como espacio necesario de dignificación; la educación para un servicio sin humillación desde la perspectiva de la sana independencia; la animación de la participación de los ciudadanos de los ciudadanos en la cosa pública para garantizar unos mínimos de justicia; la voluntad de unirse al camino de resistencia cotidiana y creativa del pueblo en la búsqueda de inclusión como dinámica del Reino, frente a la política neoliberal excluyente; el acompañamiento serio para una espiritualidad trinitaria de la liberación - sanación, que parte del respeto a la historia personal y con una claridad en torno a los conflictos internos; la propuesta seductora de una fe razonable (cabeza), afectiva (corazón) y comprometida (pies)....

Con lo dicho quiero simplemente sugerir que la refundación de la vida religiosa:

- comienza con esta indignación ante una realidad crítica y criticable que contradice el sueño de Dios para la humanidad;
 - pasa por la insatisfacción ante el estilo de vida social y, sobre todo, eclesial que, a la luz de la fe, no responde adecuadamente a los desafíos actuales;
- y desemboca en el surgimiento de nuevas actitudes y experiencias en fidelidad al Espíritu que todo lo recrea. Es un proceso similar al que brindó a la Iglesia el hermoso regalo de la vida religiosa, de la somos y nos sentimos parte.

Podemos decir con propiedad que son los pobres quienes nos fundan y refundan con sus gritos. No es mera conversión estética, no es un asunto de moda teológica, ni de renovación del lenguaje: es un asunto de fe en el Dios que se revela en la historia. El jubileo histórico de los pobres es la inspiración evangélica del camino de refundación de la vida religiosa llámese como se llame. La voluntad de auténtica refundación de la vida religiosa se verifica en el anuncio - con todas las consecuencias- del Jubileo histórico para los excluidos, más allá de reducirnos a fechas simbólicas. Es decir, en la alegre y total disposición de velar el sueño, perder el sueño y participar en la realización de los sueños de los pobres.

Sobra decir que una formación para la vida religiosa desligada de la realidad de nuestro mundo (ya sea porque la institución se quedó aferrada a la realidad del pasado y en la idealización de proyectos a tono con ella o simplemente porque no lo considera necesario por razones ideológicas que no detallaremos) no podrá bajo ningún concepto mantenerse fiel a su identidad cristiana y, menos aún, podrá preparar para una misión fecunda en la historia. Será una formación sin la necesaria tensión evangélica, atmósfera del seguimiento. Una formación que quiera situarse en la perspectiva de la refundación o, mejor, en la fidelidad al Espíritu que todo lo recrea, necesariamente estará abierta teórica, práctica y procesualmente a las realidades sociales y personales. La nueva savia tendrá las manos y el espíritu teñidos del espesor de la realidad o seremos parte de un museo grotesco, que no brinda ninguna emoción ética ni estética a la vida de la Iglesia del futuro, porque se desconoce a sí misma y al mundo al que piensa servir, lugares donde Dios nos suele hablar con la elocuencia de una suave brisa. De hecho —volvamos nuevamente a la memoria— nosotros provenimos de una tradición eclesial que no sólo ha tenido las manos teñidas por el espesor de la realidad, sino por la sangre del martirio al hacerse cargo de ella como tarea inherente al seguimiento radical de Jesucristo.

II. Un corazón ardiente

A los discípulos de Emaús les dio miedo la realidad de un Mesías crucificado en una realidad de sobra crucificada. ¿Cómo era posible que un crucificado fuera la esperanza de un pueblo oprimido, ellos que esperaban a un glorioso restaurador político? A pesar de nuestro esquema: "El era ñ y es ¡nuestra esperanza!

No creo que haya ir muy lejos para comprender este escenario de incredulidad ante la verdad misma. El aferramiento progresivo a nuestros propios esquemas de Dios nos tiene a muchos religiosos y religiosas con las caras tristes, con el alma desencantada ante el espesor de la realidad. Hemos creado nuestros pequeños ídolos (o el dios único, lejano e imposible) a la medida de nuestros estrechos deseos y proyectos y no hemos tardado en ofrecer nuestro sacrificio: el acomodamiento y la pérdida de la esperanza. El corazón nos ha dejado progresivamente de arder, hemos perdido la capacidad de amar hasta la adoración, para acomodarnos a placeres pasajeros asociados al poder, al prestigio y al dinero y sus derivados.

Religión del Padre	Ideología del Hijo	Sincretismo del Espíritu
Patriarcalismo	Mesianismo triunfalista	Milenarismo
Restauracionista (pasado)	Secularista (presente)	Escapista (futuro)
Teocrático	Humanista	Espiritualista
Jerárquico	Gregario	Individualista
Dirección	Oposición	Adaptación
Codependiente	Antidependiente	Independiente
Oración repetitiva	Oración implícita	Oración espontánea
Tentación del poder	Tentación del prestigio	Tentación del dinero

Identidad	Radicalidad	Emotividad
Dogma (cumplir)	Praxis (luchar)	Culto (gozar)
Imponer la fe	Ignorar la fe	Vender la fe
Votos canónicos	Votos sociológicos	Votos psicológicos
Amargura	Vacío	Insaciabilidad

Conviene insistir que el cristianismo no es un simple reduccionismo monoteísta. Un signo de clara refundación de la vida religiosa se dará cuando nos empeñemos en liberarnos de nuestra «cerrazón» ideológica para comenzar a creer lo que dijeron los profetas, lo que atestiguan las escrituras y sus testigos, es decir, cuando volvamos a entablar alianza ardiente de amor con el Dios trinitario que nos vincula y salva: Abbá, Mesías crucificado y Espíritu de verdad.

El enfriamiento relacional que se establece en el camino de los reduccionismos no es irremediable ni permanente. Al enfrentar nuestra realidad con verdad y abandono, vamos reconociendo al Señor como suave brisa en nuestras vidas. Jesús se presta por puro amor a corregir nuestras falsas concepciones de Dios y las correspondientes concepciones erradas de hombre y mujer. Nos llama a la conversión de nuestros esquemas idolátricos y de las formas de vida que se ajustan a ellos, para abrirnos al ardor de la felicidad: encuentro con uno mismo (carencia y búsqueda), con el Otro (misterio trinitario de comunión) y con el otro (próximo, pobre, hermano o hermana con quien compartir la vida). Jesús nos invita a pasar del rostro cumplidor fariseo a la alegría del abandono en las manos de un Dios-amor que quiere hacer morada en nuestro corazón eternamente; pasar del sacrificio a la compasión y a la misericordia.

Volver a Jesucristo como fundamento de nuestra experiencia creyente, sentido último de nuestra consagración y misión; fundar nuestra vida religiosa en una urgencia interior y comunitaria del Espíritu que todo lo recrea y por siempre nos consuela y acompaña; tener la posibilidad de fundar nuestra vida en la trascendencia y a la soberanía del Dios -Abbá que nos impide considerar como absolutos la muerte y la opresión impuestas por los hombres sobre dos terceras partes de la humanidad: son signos clarísimos de verdadera refundación.

Refundar es volver a lo esencial, a la raíz, a la experiencia teologal con la voluntad de no perdernos en la frialdad de las velitas de plástico de nuestras modernas capillas para abrazarnos a la "llama que quema y no da pena". Es la oportunidad para mirar en medio de la noche de nuestros pueblos hacia arriba (Padre), hacia el lado (Hijo) y hacia adentro (Espíritu Santo) y percibir el ardor de la llama que no cesa y disponernos con alegría a servirle de leña para ser luz y esperanza del mundo. Descubrir con reverencia la anchura, la longitud, la altura y la profundidad del amor divino. Ser, humilde expresión de la polifonía del Dios comunión y motivar con nuestro testimonio el canto a voces de la Iglesia en el mundo.

La refundación es una inmersión en el misterio inabarcable del Dios de la historia y del cosmos y una salida con el rostro iluminado, dispuestos para el abrazo, pues el interior, contrario a lo que se cree, es una calle con salida.

Toda dinámica de refundación -y todo planteamiento formativo en esta perspectiva- tendrá que plantearse el tema de los ídolos y los inherentes sacrificios, para volver -como los discípulos de Emaús- al fundamento del Dios uno y trino, misterio de comunión, revelado por Jesucristo y emprender nuestro tímido camino junto a los desheredados de este sistema neoliberal (sistema que precisamente se fundamenta en la negación de la comunión y el misterio). No hay auténtica entrega al Dios de la comunión si no existe comunión de vida con la familia de los "perdidos": son caminos en el único camino, en la única verdad: la vida.

III Los pies en el camino de la coherencia

Una vida religiosa en la perspectiva de la refundación tal como la hemos planteado, siente profundamente el llamado del Dios de la vida, a vivir en coherencia en el hoy concreto de nuestro mundo, fruto de una madurez cristiana que no permite vivir atrapados en el juego de la triste simulación.† Para ello, los votos aparecen como norte para "ponerse en camino" en la dinámica cotidiana de la vida, no como carga adquirida en una fecha que progresivamente aparece como tristemente indeleble.

El voto aparece como una invitación permanente a no dar la impresión de ser pobres, a mantener viva la llama que ya está dentro nosotros de querer ser en verdad hombres y mujeres de vida sencilla, austera, solidaria y justa. Es una oferta asumida de no añorar más al Egipto de las

anquilosadas estructuras internas y externas para apostar por la novedad de un camino en el que seremos alimentados por el Señor. Consagrarse es atreverse a ir descalzos de prejuicios y superficialidades para acoger la profunda sorpresa de Dios en medio del pueblo y de la creación. Es trascender la mera impresión de excelsa castidad, para lanzarnos a la convivencia gozosamente arriesgada con los distintos. Contemplar las diferencias por razón del género, color, ideología o idiosincrasia, como riquezas fundadas en un Dios, plural él mismo. Es una saludable orientación para vivir en autenticidad y no dar meramente la impresión de estar con el pueblo. Buscar vivir la experiencia -por pequeña que sea- de verdadera inculturación: hospitalarios y hospitalarias con la verdad íntima y total del pueblo. Consagrarse es lanzarse con todas las consecuencias a un amor que integra a la persona toda.

Es la opción de renunciar definitivamente a la tentación de ser actores en escena de una obediencia de papel para vivir efectivamente en la escucha comunitaria del camino que Dios quiere hacer entre nosotros, con nosotros, por nosotros, en un abandono tan confiado como diligente. Una vida religiosa en camino de conversión no quiere preocuparse de las maletas de los mismos destinos, sino del equipamiento místico del corazón para la aventura singular de la fe.

¿Qué quiero decir con todo esto? Pues que no se trata de vivir los votos como la reducción mimética a un tres jurídico, sino de vivir con coherencia el amplio sendero de los consejos evangélicos con un corazón enamorado y anhelante en la perspectiva de estos tres dinamismos que constituyen el proceso de la integración humana.

Coherencia evangélica quiere decir también que sabemos de nuestras contradicciones y no las tapamos con remiendos o justificaciones baratas, más bien caminamos con conciencia de ellas ante el altar de Dios y de los hermanos. Es una comprensión madura de nuestra vida más como camino comunitario en abandono confiado en las manos del Amado que como estado en nuestras propias manos. De ahí que sea tan importante insistir en la laicidad de la vida religiosa que nos sumerge en la dinámica amorosa y coloquial de lo cotidiano y no cae en la herejía del "ya" sin "todavía no" de muchos religiosos establecidos en sus roles.

Al hilo de nuestra exposición, cabe señalar que la formación para la vida religiosa tiene entre sus tareas más urgentes una formación para la coherencia evangélica en el sentido descrito: no primordialmente una formación para la perfección (jurídica y/o ascético-moral), sino para la coherencia evangélica, que cuenta con el abrazo de las limitaciones y las sombras. "Pero si soy un anciano", "no sé hablar, soy apenas un muchacho", "si soy de labios impuros", "quítame la vida", "¿por qué a mí, Señor?": la letanía balbuceante del que ya en el fondo se lanzó a la aventura con la simple escucha del "ven" subversivo de toda llamada. Lo que sigue es también asistido por el misterio.

Es preciso reconocer que la mencionada coherencia implica, muchas veces, una opción netamente contracultural, más aún, cuando el orden del día es la cultura de la imagen sin contenido; la inversión de la satisfacción de necesidades por la satisfacción de deseos; la cultura de la superfluidad sin tocar el misterio de lo humano; el erotismo sin amor; el inmediatismo y la no durabilidad de las experiencias; el reino del capricho sobre el reino de la responsabilidad histórica...

Este anhelo de coherencia evangélica pide como dones del Espíritu: la sana confrontación fraterna, la auto evaluación comunitaria y el fuego sostenido de una comunidad orante y comprometida con la historia. Bien sabemos que el grado de coherencia que alcanzamos en muy poco depende de nosotros mismos -aunque no se dé sin nosotros-. Es, fundamentalmente gracia que pide ser acogida con humildad y agradecimiento.

Estoy convencido: el anhelo siquiera de vivir en autenticidad es ya una llamita de refundación que hay que avivar, no importa la edad. La refundación -está claro- no es cuestión de edades, sino de espíritu; no es cuestión de cumplimiento, sino de seguimiento de Jesús; no es cuestión de religión, sino de fe..

Conclusión

Andar por los caminos de la refundación nos remite a algo tan simple y a la vez tan desafiante: vivir inmersos en nuestro mundo al lado de los pobres desde la consagración total al Dios de la vida.

No encuentro mejor forma de concluir que invitarles a orar con las alabanzas surgidas de las manos ya estigmatizadas del bienaventurado Francisco, cuando ya no sabía decir "yo" para siempre repetir:

«Tú eres trino y uno, Señor Dios de dioses;
tú eres el bien, todo bien, sumo bien,
Señor Dios vivo y verdadero.
Tú eres el amor, la caridad;
tú eres la sabiduría, tú eres la humildad;
tú eres la paciencia, tú eres la hermosura,
tú eres la mansedumbre;
tú eres la seguridad,
tú eres la quietud,
tú eres el gozo,
tú eres nuestra esperanza y alegría,
tú eres la justicia, tú eres la templanza,
tú eres toda nuestra riqueza a saciedad...»□.

□ Desde la antropología, Cfr. ARBUCKLE, G.A., Refundar la Iglesia. Desidencia y liderazgo, Ed. Saln Térrea, Santander: 1998. Desde la teología de la vida religiosa, cfr.. ARNOLD, Simón Pedro. Refundación. Contribución a una teología de la vida religiosa de cara al tercer milenio, Ed. CLAR, Bogotá: 1999; CHITTISTER, J. El fuego de estas cenizas, Ed. Sal Térrea, Santander: 1998 y los últimos números de la revista CLAR. Desde la teología fundamental cfr: GONZALEZ, A. Teología de la praxis evangélica, Ed. Sal Térrea, Santander 1999; desde la espiritualidad: GARRIDO, Proceso humano y gracia de Dios. Apuntes de espiritualidad cristiana, Ed. Sal térrea, Santander: 1996. Desde la ética filosófica cfr: CORTINA, A. Ciudadanos del mundo. Hacia una teoría de la ciudadanía; Ed. Alianza, Madrid: 1998; id. Hasta un pueblo de demonios. Etica pública y sociedad, Ed. Taurus, Madrid: 1998; DUSSEL, E. Etica de la liberación en la edad de la globalización y la exclusión, Ed. Trotta, Madrid: 1998. Desde la economía y la sociología, cfr. RIVERA, M. Tejiendo futuro. Los caminos posibles del desarrollo social, Ed. Puerto, San Juan: 2000.

□ A este tema he dedicado mi artículo, «Cinco miradas desde la postmodernidad», en *Inculturación (Perú)* 1 (1999) 31-48.

□ En el espíritu de 1 Tes 5, 21: «Examínenlo todo y quédense con lo bueno».

□ El verso dice: «donde hay peligro crece lo que nos salva». Cfr. F. HORDERLIN, *Obra poética completa*, t. II, Ediciones Libros Río Nuevo, Barcelona 1986, 141

□ Lc 24, 17: «¿Qué conversación llevan por el camino?».

□ Cfr. CODINA Víctor / CARRERO, Angel Darío. *Nuevos areópagos, nuevos retos a la vida religiosa de América Latina y el Caribe*, Ed. COR, San Juan 1997.

□ «...Al afirmar que la vida religiosa por su estructura consiste en el seguimiento de Jesús como norma dentro de cierta a-normalidad, no estamos más que apelando al origen histórico de prácticamente todas las órdenes y congregaciones, que surgen cuando existe algún desierto, periferia o frontera para estar presente. Y el peligro de las órdenes religiosas consiste, en virtud de un carisma mal entendido, en hacer de esos lugares que les dieron origen un cómodo e instalado centro...»:SOBRINO Jhon. *Resurrección de la verdadera iglesia. Los pobres lugar teológico de la eclesiología*. Ed. Sal Terrae, Santander 1981, 336-337.

□ «Sobre la experiencia mística y su discernimiento, como por otro lado la reinviación tan de esta experiencia, sólo aparecen en períodos de crisis» (Enfasis mío). Cfr. CATTIN, Y. *La regla cristiana y la mística*. EN: *Concilium* 254 (1994) 21.

□ En otro lugar he afirmado: «La Iglesia, sacramento del Reino proclamado y vivido por Jesús, no sólo está llamada a velar por los sueños de los pobres, sino a perder el sueño con ellos y abrir junto a ellos vías para su realización: velar el sueño, perder el sueño y realizar los sueños. He ahí la dinámica jubilar auténtica». Cfr. CARRERO, Angel Darío. «Vieques: itinerario de un compromiso eclesial y teológico», en *Inculturación y Comunidad* (feb. 2001).

□ Cfr. la Serie: *Para vivir el jubileo*, Ed. CEP/Insituto Bartolomé de las Casas, 5 vols., Lima 1998-99; CARRERO, Angel Darío. «De la exclusión al jubileo» en *Revista CLAR* (Bogotá) 6 (1999) 3-19; CARRERO Angel Darío. *Apuntes éticos*, Ed. Anawin, San Juan 2000, 20-24.

□ Cfr. *Tertio Millenio Adveniente* de Juan Pablo II.

□ Cfr. 1 Re 19, 12: «Después del fuego, el susurro de una brisa suave».

□ Para ahondar en las ideas de este apartado cfr. B. Forte, *Trinidad como historia*, Ed. Sígueme, Salamanca 1988; GONZALEZ A. *Trinidad y liberación*, Ed. UCA, El Salvador 1994; MOLTSMANN J. *Trinidad y reino de Dios*, Ed. Sígueme, Salamanca 1986; Id., «La unidad convocante del Dios

Uno y Trino», en Concilium 197 (1985) 67-77; RAHNER Karl. «El Dios trino como principio y fundamento trascendente de la historia de la salvación», en *Mysterium Salutis II/1*, Ed. Cristiandad, Madrid 1969.

□ El siguiente recuadro esquematiza lo que ocurre cuando no vivimos trinitariamente, sino desde modelos reduccionistas separados, sin relación entre ellos, aunque le llamemos Padre, Hijo o Espíritu Santo.

□ Moltmann ha aclarado bien los peligros del monoteísmo: concepción teocrática del mundo y de la vida, absolutismo eclesiástico y político; sometimiento patriarcal sobre los pueblos extraños, las mujeres y de la naturaleza... Afirma: «Si no queremos que la fe cristiana en Dios se hunda en la miseria del monoteísmo hemos de evitar identificar sin más la unidad del Dios Uno y Trino con el «monoteísmo», tratando más bien de precisarla a la luz de la libertad humana, de la paz de los pueblos y de la presencia del Espíritu en toda la realidad natural». Cfr. *Unidad convocante...* art. 68-67.

□ Lc. 24,25: «Qué torpes son para comprender, y que cerrados están para creer lo que dijeron los profetas...»

□ Teología y antropología radicalmente unidas.

□ Cfr. Ef 3, 18-19.

□ Recordemos lo que la teología denominó como perijóresis. San Juan Damasceno nos dice en su *De Trinitate*: « La permanencia y la morada de cada una de las personas en las otras dos significa que son inseparables y que no han de separarse, y que tienen entre sí una compenetración sin mezcla, no de forma que se fundan y se entremezclan entre sí, sino de forma que se conjugan entre sí mutuamente. Es decir, el Hijo está en el Padre y el Padre está en el Hijo y en el Espíritu santo sin que tenga lugar una fusión o una mezcla o confusión» (Enfasis mío). En el recuadro aparece todo lo contrario de esta compenetración: tres bloques que aunque poseen sus valores positivos al desligarse de las otras figuras de la Trinidad tienden a absolutizarse (monólogo), a exigir sacrificios, a caricaturizar a Dios para manipularlo

□ «La Trinidad ñ dirá Moltmann- en virtud de un amor gratuito y efusivo, se halla «abierta» a los perdidos. Está abierta a todas las criaturas amadas, encontradas y acogidas. Cfr. *Unidad convocante*, art. Cit. 76.

□ Los discípulos de Emaús reconocen en su ceguera que las mujeres los han sobresaltado (Lc. 24,22), pero no vieron al Señor. Juntos veríamos mejor este «atardecer» de la vida religiosa, contagiarnos de la mirada esperanzadora de la mujer

□ Cfr. Gn 17, 17ss; Jer 1, 6ss; Is 6; Jon 4,3

□ Cfr. Mt 4, 19. 8,22 9,9

□ las palabras nos fallan, la poesía nos permite balbucearlo apenas. Cfr. CARRERO A.D., *Llama del agua*, Ed. Trotta, Madrid 2001

□ En el mismo pergamino en que aparecen las Alabanzas al Dios altísimo encontramos la Bendición al hermano León, escritas de su puño y letra. En Francisco se da siempre esa horizontalidad y verticalidad de una fe trinitaria, verdaderamente integral. Cfr. *San Francisco de Asís. Escritos, biografías y documentos de la época*, Ed. BAC, Madrid 1978, 25-26.

LA EXPERIENCIA DEL VOLVER A JERUSALEN

Aproximación al “Camino de Emaús” desde una mirada de mujer, de laica y de educadora

Prof. Rosa Ramos

Resumen: *Emaús es un tiempo de exigencia y gratuidad, tiempo de experiencia fundante y de exigencias para el encuentro; tiempo de volver a lo distinto y de retornar al amor primero; tiempo de tornar a la comunidad y a los compromisos históricos que nacen de la experiencia de la fe, para llegar a ser testigos fieles, felices y fecundos de la presencia real del Resucitado hoy, de una manera lúcida que nos haga juzgar desde los criterios de Dios y actuar desde su amor. Emaús es vivir nuevas experiencias del encuentro con el Dios viviente donde cultivemos formas y estilos inéditos de vida comunitaria donde podamos ir aprendiendo a reconocer los nuevos santos y las nuevas teofanías.*

Sintese: *Emaús é um tempo de exigências e gratuidade, tempo de experiência fundante e de exigências para o encontro; tempo de voltar ao diferente e de retornar ao amor primeiro; tempo de regressar à comunidade e aos compromissos históricos que nascem da experiência da fé; tempo de julgar de maneira lúcida a partir dos critérios de Deus e, conforme seu amor, atuar como testemunhas fiéis, felizes e fecundas da presença real do ressuscitado hoje. Emaús é viver novas experiências de encontro com o Deus vivente onde se cultivam formas e estilos inéditos de vida comunitária e onde se aprende a reconhecer os novos santos e as novas teofanias.*

Abstract: *Emmaus is a demanding time and gratitude. Time of experiences of foundation and the demands for the encounter; time to return to what is different and to go back to the first love; time to go back to the community and to the historical commitments that are born from the experiences of faith, to the faithful, happy and fruitful witnesses of the real presence of the Resuscitated today, in a clear manner that bring us to judge from the criterion of God and act from his love. Emmaus is a live new experiences of encounter with the living God where original forms and styles of communitary life are develop and where the new saints and new manifestations of God can be recognize.*

Planteo previo

La experiencia fundante de la comunidad cristiana post pascual fue el encuentro de los discípulos con el Resucitado, más precisamente encuentros en los que se da un reconocimiento.

Si el relato de los discípulos de Emaús, de su camino de ida y de regreso, ha quedado en la memoria de la comunidad, recogido más tarde por escrito, y luego enmarcado en uno de los evangelios canónicos, es porque fue altamente significativo. Desde esa significatividad seguramente fue leído y releído muchas veces desde las nuevas y desafiantes situaciones históricas que les tocó vivir como comunidad naciente.

Cuando hoy nosotros y nosotras dividimos el pasaje lucano en ocho etapas para contemplarlo y meditarlo como vida religiosa, y como laicos que compartimos la

historia, lo que hacemos es desandar el proceso de memoria y construcción bíblica. Hoy nosotros y nosotras deconstruimos este relato que fue elaborado por la primitiva comunidad cristiana, y lo hacemos para seguir leyendo y construyendo nuestra historia, desde una nueva lectura y comprensión veinte siglos después y desde un lugar geográfico, cultural y social distinto.

Lo que venimos preguntándonos en este año de reflexiones en torno al camino de Emaús, es ¿Cuántas veces en la historia macro, universal, cuántas veces en la historia congregacional, y cuántas veces en las micro historias personales, hemos huido de algún Jerusalén doloroso y luego hemos emprendido el camino de regreso con nuevas luces y entusiasmo? Huelga la respuesta.

También nos preguntamos, *¿y de dónde hemos sacado la fuerza, el coraje para volver?*

Pues creemos que el coraje para volver, el arrojo, el entusiasmo, que solemos llamar entre nosotros y nosotras "*profético*", nos viene sin duda de Dios mismo pero lo encontramos cuando recordamos - volvemos a pasar por el corazón - aquella experiencia fundante de sentarnos a la mesa y reconocer a Jesús viéndolo partir el pan.

Por "*experiencia fundante*" la tradición cristiana entiende una irrupción de Dios, irrupción por iniciativa divina que marca un "*antes*" y un "*después*" de dicha experiencia en la vida de una persona y que pone en marcha un movimiento vital nuevo. A esta experiencia volvemos necesaria y amorosamente muchas veces para tomar nuevo impulso.

Al discípulo amado probablemente la sola imagen del sepulcro vacío, ante el cual vio y creyó, lo devolvía encendido al camino, a la comunidad. A Tomás le bastaría cerrar los ojos para sentir en sus dedos nuevamente latir al Señor Resucitado desde sus llagas. De modo análogo a los discípulos de Emaús seguro les bastaba mirarse el uno al otro para que su corazón volviese a arder. Arder no ya de manera confusa como en el caminar con el peregrino, sino de forma diáfana y contundente como al verlo partir el pan. Cada discípulo ha tenido una experiencia fundante de su fe, basada siempre en un encuentro con el Señor Resucitado en el que descubre su identidad con el Jesús de Nazaret.

Detenerse y entrar a la casa antes de volver

Cada religioso y cada religiosa, y por qué no cada laico y cada laica de fe, ha tenido esta experiencia fundante en su historia personal y dentro de su pueblo, a la que es menester volver una y otra vez, para no perder la orientación y el celo inicial. Porque no basta haberse enamorado una vez, el recuerdo del amor pasado no siempre es amor vivido, experimentado, en el presente. El gran desafío es permanecer enamorados y desde esa experiencia viva acostarnos y levantarnos, asumir la historia y revelarnos contra ella, trabajar y gozar, reír y llorar...

Los religiosos y religiosas, laicas y laicos de hoy, inmersos - ¿o perdidos? - en un mundo globalizado, corriendo siempre - ¿con o sin sentido?, ¿escapando acaso? - de una actividad a la otra, necesitamos detenernos para contemplar nuestra experiencia fundante, nuestro encuentro primero con el peregrino que resultó ser el Señor, claro que no en un sentido simplemente gratificante y consolador - podría dejarnos pasivos y hasta enquistados en el pasado y en nosotros mismos -. Necesitamos detenernos para

renovar la pasión del primer amor, la energía que pone en movimiento, la brújula que nos relanza con sentido.

Pero se nos preguntará quizá: ¿y no se trataba de regresar corriendo a Jerusalén? Ese detenerse y mirar atrás, ¿no será un lujo innecesario y tentador para quienes optamos por la pobreza y por la intemperie del camino?, ¿no nos hemos sentado ya demasiadas veces en la historia?

Este tiempo de *refundación*, este año del "ver", ¿no será acaso un sofisticado y bien racionalizado mecanismo de evasión de la realidad, y de nuestros compromisos históricos ineludibles con ella?

Respondemos a estas preguntas con un "no" rotundo.

El regreso entusiasta de los discípulos a Jerusalén, nuestro regreso del hoy lleno de sueños y de proyectos (con aquella capacidad de "*diseñar*" a la que hacíamos referencia en otro artículo), requiere un habernos "*retirado*" antes, y no sólo habernos retirado, sino habernos detenido en el camino, haber entrado en una casa, haber descansado y comido. Pero ese detenerse y entrar en una casa - ¿tal vez ese corazón, ese interior, donde Dios nos es más íntimo que nosotros mismos? - no es en solitario, es comunitario! Detenerse en el camino, invitando a otros a detenerse, entrar en una casa, invitando a otros a entrar con nosotros, sentarnos, descansar, partir el pan, invitar a otro a que parta el pan...

Los discípulos de Emaús, como anochece, se detuvieron e invitaron a entrar con ellos al forastero, al extranjero, a ese misterioso personaje que cuando se acercó a ellos en el camino no parecía siquiera saber qué había pasado en Jerusalén en esos días. ¡Tuvieron el coraje de invitar a entrar con ellos a ese peregrino que empezó ignorando sus cuitas y cuando se las expresaron los tildó de "*insensatos y tardos de corazón!*"

¿Qué nos dice hoy como religiosos y religiosas esta relectura?

¿Con quién nos detendremos nosotros porque estamos en la noche oscura, a quién invitaremos a entrar, con quién compartiremos el pan? ¿Seremos capaces de hacerlo con quienes parecen ignorar lo que nos abrumba, angustia y pone en retirada? ¿Invitaremos a sentarnos a la mesa a laicos y laicas, a creyentes de otras confesiones, a ateos, a científicos agnósticos, a artistas, a filósofos...?

Creemos que este tiempo del Espíritu para la vida religiosa es un tiempo muy rico, fecundo y exigente. Exige pararnos contra nuestro activismo, exige revisar nuestra vida personal, comunitaria, social, eclesial. Es tan exigente este momento como el de máxima tensión de una flecha y su arco antes de ser lanzado a distancia.

Pero, simultáneamente, es un tiempo de máxima gratuidad! Se trata de dejarnos regalar, dejarnos sorprender, dejarnos amar. Los discípulos entraron y se sentaron a reponer las fuerzas para el camino, tal vez entraron para no exponerse a los peligros de andar de noche, pero se sentaron, y allí se dejaron sorprender y regalar el gesto de Jesús con el que se les abrieron los ojos y comprendieron.

En síntesis: Emaús es un tiempo de exigencia y de gratuidad, se trata de un tiempo "activo" de abandonar las viejas vestiduras o pieles, de recuperar la experiencia fundante, de hacer espacios para el encuentro y compartir con "extranjeros" de la vida religiosa, y, se trata, simultáneamente, de un tiempo "pasivo" de dejarnos regalar la presencia y el gesto inconfundible del Resucitado que nos hará volver al primer amor.

Ahora sí volver a Jerusalén

Ahora sí estaremos en condiciones de volver, pero ¿volver de dónde, volver cómo, volver a qué, volver a dónde?

Seguramente no es el "volver" del tango - esa música rioplatense fiel expresión de su melancolía idiosincrásica, tan distinta a la música de otras regiones de América Latina y el Caribe, que sin duda no han sufrido menos - Carlos Gardel canta en el tango Volver: "volver con la frente marchita, las nieves del tiempo platearon mi sien". Casi diríamos que el volver gardeleano es la antítesis del volver de los discípulos de Emaús a Jerusalén, modelo de nuestro volver de religiosos y laicos.

Se trata de un volver distintos, pero también de un volver a lo distinto, a lo nuevo.

Los discípulos de Emaús no son los mismos que partieron cabizbajos y desolados, nosotros no somos los mismos tampoco. Tampoco es la misma Jerusalén de la que huyeron por temor y por dolor, es la nueva Jerusalén la que los - y nos - aguarda, con nuevos desafíos.

Sin embargo este volver no es fácil, se necesita la fuerza del Resucitado y la luz del Espíritu, y ¿por qué no? el amor fiel del Padre que no nos soltará aunque volvamos a errar y/o escapar una y otra vez.

Volver distintos, volver nuevos, volver ágiles, volver enamorados. Sólo de ese modo se puede dar el "regreso" a la Jerusalén que ayer crucificó a Jesús. Volver distintos, volver con esperanza y dispuestos a dar esperanza, a gestar esperanza, a la Jerusalén que hoy sigue crucificando a Jesús: una Jerusalén de alta tecnología, de concentración de capitales, de hiper abundancia para un cada vez más pequeño porcentaje de la población, y, simultáneamente y por el mismo mecanismo, de miseria y exclusión para un porcentaje cada vez mayor. Volver a esta aldea global donde la información sobreabunda y la comunicación auténtica es cada vez más escasa, donde la depresión es la enfermedad que más crece arrojando miles de suicidios al año, sobre todo entre jóvenes y adultos jóvenes.

La Jerusalén a la que volvemos presurosos y con el corazón ardiente es *esta humanidad cuya mitad se muere de hambre de pan y su otra mitad se muere de hambre de abrazos* -parafraseando a Eduardo Galeano – Hay que estar muy locos! ¿verdad?, pues no nos extrañemos, venimos predicando, y en lo posible viviendo, esta locura desde hace dos mil años: "mientras los judíos van en busca de milagros, y los griegos van en busca de sabiduría, nosotros en cambio predicamos a un Cristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los paganos, pero que es fuerza y sabiduría de Dios para los que han sido llamados, tanto judíos como paganos..."¹.

¹ 1 Cor, 1, 22-24

Evidentemente con espíritu de derrota no podemos volver, para eso mejor nos atrincheramos bien, nos tapamos los ojos y los oídos, reforzamos el caparazón y nos vamos a nuestros Emaúses más seguros y alejados. Bien sabemos que esta tentación la tenemos más de una vez...

Pero si nos encontramos con el Resucitado, si hacemos memoria volviendo a pasar por el corazón la experiencia fundante de nuestra fe, de nuestro "sí", entonces seguro que como los discípulos nos levantaremos inmediatamente y nos pondremos en camino presurosos hacia la Jerusalén que nos espera², hacia la comunidad donde compartiremos la experiencia de los encuentros, hacia la misión.

Para volver hay que hacerlo con el corazón ensanchado, volver con la mirada luminosa de quien ha pregonado las primicias del "Encuentro", volver con los pies ligeros de quienes han perdido el miedo. Y aquí no puedo menos que citarles algunos versos de un cantautor uruguayo, José Carbajal, que cantando el des-exilio político, propio y de muchos compatriotas, en un tema que titula "La flota" dice: *"el viento vendrá cantando lo que ganamos, lo que perdimos, volver es robarle al tiempo la batallita de la experiencia... la gente no cree en la muerte, cree en la vida, busca belleza"*

Permítanme una digresión a partir de este último verso citado, allí descubro una de las más bellas definiciones antropológicas, ¿qué es, quién es el hombre?: es aquél que cree en la vida y busca belleza!, aquél que vence a la muerte, no en un sentido triunfalista, sino en el sentido más auténtico de aceptar, asumir, y potenciar todo fracaso, todo límite, toda "muerte". Porque creemos en la vida y buscamos belleza es que no nos conformamos con la declaración del fin de la historia, ni aceptamos el modelo económico neoliberal como el único posible, ni estamos dispuestos a mercantilizar toda relación, etc., etc..

Necesitamos nuevas claves de lectura

"Volver a lo distinto". La propia idea de volver nos remite a un tiempo y a un lugar ya conocidos, ya explorados, un tiempo y un espacio que parece que podemos manejar con esquemas viejos, y no es así! Volver a lo distinto parece ir contra nuestra lógica clásica aristotélica, y sin embargo no podemos ni tenemos que volver a lo mismo, sería imposible y además vano. Así como la resurrección de Jesús en un fenómeno totalmente inédito, no es mero volver a vivir para volver a morir, del mismo modo nuestro volver debe romper las lógicas y paradigmas viejos.

Dicho en forma clara y sencilla: nuestra vuelta no es ni puede ser a los sesenta, ni a la primavera de Praga, ni al mayo del año sesenta y ocho francés y sus consignas, ni a un continente en lucha por su liberación que parecía cercana... ni siquiera la vuelta es a los tiempos y aires del Concilio Vaticano II... Nuestro regreso a Jerusalén en este principio de milenio es, y debe ser, bien distinto al camino de regreso que pudimos hacer hace treinta o cuarenta años, y esto no es fácil ni para los laicos o laicas, ni para los religiosos y religiosas, pero - me parece - que es aún más difícil hoy para los religiosos y religiosas.

² cf. Lc. 24, 33

No se trata de claudicaciones, no se trata de arrear banderas, ni de desdecirnos de lo que hemos escrito con la sangre de nuestros mártires en estas tierras latinoamericanas y caribeñas. Las grandes opciones que hemos hecho siguen vigentes porque responden desde el Espíritu a problemas no resueltos - opción por los pobres y empobrecidos, opción por los jóvenes, opción por la mujer, opción por una nueva espiritualidad y eclesialidad... - pero ni los pobres de hoy son los mismos que los de los años sesenta, ni los jóvenes, ni las mujeres de hoy son los mismos de los años sesenta y sobretodo *no podemos leer la historia con las mismas claves hermenéuticas de los años sesenta!*

Si a los religiosos les costó más o menos aprender las claves de lectura para ubicarse en los tiempos de las Conferencias de Río, de Medellín, de Puebla... para hacer Teología y Pastoral desde las nuevas claves históricas y sociales, - y recordemos que eso implicó para algunos la maravilla de un amanecer y para otros la incertidumbre y el temor del anochecer -, *ahora se trata de desaprenderlas para aprender otras más complejas y en construcción!*, casi en esbozo... no es pequeño el desafío.

Resulta que volvemos a una tierra que creemos conocer y que nos resulta, sin embargo, extraña y no tenemos para ella claves de lectura adecuadas, tenemos que construirlas, para no poner vino nuevo en odres viejos pues corremos el riesgo de perder el vino y romper los odres. Necesitamos nuevas claves de lectura y nuevas estrategias de acción para evitar entender mal la realidad y actuar peor, no debemos arriesgarnos en este período crítico de la historia a actuar desafortunadamente y desubicadamente, resultando "*idiotas útiles*" a un sistema que es tan inteligente como perverso.

Los discípulos caminaron con Jesús mucho rato, kilómetros seguramente, y ardía su corazón mientras conversaban, pero no lo reconocieron, sus ojos estaban retenidos, o velados. Así nosotros corremos el riesgo de estar caminando y mirando la historia con paradigmas que ya no nos permiten ver y reconocer la presencia del Resucitado entre nosotros. No sólo las lágrimas empañan nuestra visión, solemos usar unos anteojos que de tanto llevarlos nos olvidamos que los tenemos puestos y ni los limpiamos, ni los cambiamos, y esto resulta fatal.

Este tiempo de refundación es tiempo de cambiar los anteojos, al menos de tomarlos en nuestras manos y mirar si ese modelo y ese cristal nos ayuda a ver o nos impide ver y comprender la realidad. Sin duda este es un tiempo de mirar con otros lentes, pero no hay otros seguros que podamos adquirir a bajo costo, *es necesario ensayar miradas y modelos nuevos, es necesario compartir miradas, caminar juntos con otros, cristianos y no cristianos, y tratar de estructurar los nuevos paradigmas*³.

Nuestra mirada vieja entró en crisis, como tantas veces en la historia, y será necesaria una nueva mirada revolucionaria - que tal vez por algunos sea considerada reaccionaria, he aquí la paradoja! - que integrando las miradas anteriores, las trascienda.

En síntesis: Los varones y mujeres de este tiempo no sólo tenemos que volver a nuestras Jerusalenes con la mística del amor primero y fundante - ya vimos que esto es imprescindible -, tenemos además que aprender unas claves nuevas de lectura histórica

³ Ver KUHN, Thomas *.La estructura de las revoluciones científicas, y más actual;* MORIN, Edgar y sus obras sobre Pensamiento complejo

prácticas que nos ayuden a descubrir por dónde anda resucitando el Señor hoy en la historia, tenemos que aprender a reconocerlo de nuevo.

El Resucitado nos devuelve a la comunidad

Volver a la comunidad, volver a nuestros compromisos históricos es un imperativo que nace de la experiencia de fe. Sabemos, por la experiencia propia y por la rica historia de la espiritualidad, que a más profunda experiencia de Dios, más radical es la experiencia de fraternidad y solidaridad. El Otro nos conduce a los otros, tanto como los otros nos señalan y apuntan al Otro; la experiencia de la alteridad es siempre fuente de la entrega amorosa.

¿Pero a qué comunidad estamos llamados a volver? ¿Será que vamos a volver al mismo estilo de comunidades de otros tiempos? Los nuevos tiempos y los nuevos paradigmas que estamos construyendo juntos, ¿qué comunidades nos muestran, no nos animan, acaso, a cambiar también nuestros modelos de comunidad?

Volviendo a la comunidad de Jerusalén los discípulos se encontraron con la sorpresa de que el Señor se ha manifestado también a otros: "es verdad, el Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón..." (Lc. 24, 34). No nos dice el relato de Lucas que esto haya provocado rechazo, desconfianza, celos, ni sembrado el desconcierto entre los discípulos, más bien parece todo lo contrario: se alegraron y compartieron las diversas experiencias de los encuentros.

En este tiempo de globalización, tiempo de desafíos y oportunidades, tiempo de gracia y de pecado - como todos los tiempos - , tenemos la oportunidad clara de un cristianismo nuevo y ecumenismo en sentido amplio, si estamos abiertos y dispuestos a escuchar los otros relatos de las apariciones del Resucitado, si estamos atentos a las experiencias de encuentros del Señor con otros "vecinos", aunque estos pertenezcan a otras familias religiosas, otras congregaciones, y también a otros credos o incluso digan no tener credos. Dios no se deja vencer en generosidad, y no deja de revelarse y de aparecerse una y otra vez en el camino de los hombres y mujeres de buena voluntad, sean de los nuestros o no. Aceptar esto ampliará mucho nuestros horizontes y extenderá nuestros brazos en un macro abrazo

Compartiendo sinceramente estos encuentros diversos y sin afanes de tener "*el relato*" y "*la verdad*", ***podremos ir aprendiendo a reconocer los nuevos lugares santos y las nuevas teofanías***, nos atreveremos a dejarnos encontrar por Dios de modos nuevos, tan sorprendentes y simples como el que nos relata Lucas.

Llegando a la última etapa de estas ocho en que elegimos contemplar el Camino de Emaús desde y con los Religiosos y Religiosas, casi estamos por afirmar que se trata de un camino de ida y de vuelta permanente. ¿No nos llamaban en los tiempos primitivos "*los del camino*"?

Nuestro camino estará poblado de retiradas, de paradas, de sentadas, y de puestas en marcha presurosa antes del amanecer, no en sentido cíclico ni determinista, sino dialéctico y en espiral creciente hacia la casa del Padre, hacia el Banquete que aguarda. Por eso hoy necesitamos trajes nuevos - paradigmas nuevos -, pero que corren el riesgo de envejecer antes del gran Día... y entonces necesitaremos volver a cambiarlos por

otros más adecuados para no perdernos la fiesta de los nuevos encuentros... experiencias fundantes y también prefiguraciones del Encuentro.

En resumen: Desde las nuevas experiencias de encuentro con el Dios Viviente, podremos aprender a formar nuevos estilos de vida comunitaria siempre tan provisorios como tiendas de campaña, estando dispuestos a abandonarlas como peregrinos. Pero *el gran desafío hoy es, desde esa provisoriedad, ser testigos de su Presencia real* aunque siempre nueva e inasible definitivamente. Testigos fieles, felices, fecundos, vestidos con el traje de la esperanza, siempre nueva y lúcida.

Metáfora final

Pido auxilio otra vez a la poesía y al antes citado cantautor uruguayo, José Carbajal, él me ayudará a terminar este artículo – elijo en mi auxilio precisamente la poesía de alguien que no es católico y, seguro, ni conoce el texto sobre el que reflexionamos. En otro canto al des exilio titulado “*Borracho, pero con flores*” Carbajal dice: “ *borracho pero con flores vuelvo, borracho pero de amores ando, borracho pero de sueños voy, borracho, pero volviendo!*”

Desde esos versos puedo fácilmente imaginar, recrear, el regreso de los discípulos de Emaús. Permítanme que lo haga un poco poéticamente: los veo bailando por los polvorientos caminos, abrazándose y separándose y volviéndose a abrazar - como borrachos -, riendo y cantando y a ratos llorando - como borrachos -, corriendo en ciertos tramos y a ratos tropezando con las piedras del camino - como borrachos -, imaginando el rostro de sus hermanos y hermanas a los que les contarían lo vivido, ensayando las palabras para el relato, inventando nuevos gestos, soñando despiertos - teniendo visiones ¡como los borrachos y... como los profetas y los místicos...!

Los discípulos que vuelven a Jerusalén no estaban borrachos de vino, estaban borrachos del Dios de la Vida, del Dios Vivo.

Que este Dios nos conceda, en este tiempo del Espíritu, el embriagarnos siempre de Él para volver, para volver presurosos a la comunidad y al compromiso histórico en el presente. Embriagarnos de Dios no opaca nuestra conciencia, todo lo contrario: nos hace extra lúcidos, pues nos hace ver y juzgar desde sus criterios, y actuar desde su Amor.

LOS RELIGIOSOS POR DENTRO

Armando Raffo sj.

Resumen: *Los religiosos y religiosas son una parte del Pueblo de Dios consagrada a buscar y anunciar el Reino de Dios en el testimonio concreto de Cristo mediante un servicio real, palpable, significativo y operante en la realidad histórica que le corresponda vivir. En fraternidad significan proféticamente los valores del Reino de Dios. Sin entretenimientos materiales o intelectuales acogen la vida con sus desafíos, preguntas y dolores, , buscan al Señor desde el empeño de vivir la dimensión oblativa y universal del amor y caminan tras la voluntad de Dios en los avatares de la historia para insertarse en el verdadero dinamismo que ofrece el sentido y la plenitud que ansía todo ser humano.*

Sintese: *Os religiosos e religiosas são parte do Povo de Deus consagrado a buscar e anunciar o Reino no testemunho concreto de Cristo, mediante um serviço real, palpável, significativo e operante na realidade histórica que lhe corresponda viver. Em fraternidade, significam profeticamente os valores do Reino de Deus. Sem entretenimentos materiais ou intelectuais que prejudiquem suas metas, acolhem a vida com seus desafios, questionamentos e dores. Buscam o Senhor à partir do empenho de viver a dimensão oblativa e universal do amor e caminham procurando realizar a vontade de Deus nas veredas da história para inserir-se no verdadeiro dinamismo que dá sentido e plenitude às aspirações de todo ser humano.*

Abstract: *The religious are a portion of people of God consecrated to seek and announce the Kingdom of God in the concrete testimony of Christ through a real, clear, significant and effective service in the historical reality that they have to live. They express in fraternity the prophetic main beliefs of the kingdom of God. Without material and intellectual distractions they embrace life with its challenges, questions and pains. They look for the Lord from the desire to live the oblativa and universal dimension of love, and they walk after the will of God in the vicissitudes of the history to be inserted in the true dynamism that is offer by the meaning and fullness that all human being desires.*

Introducción.

Creo no equivocarme si afirmo que en estos tiempos los religiosos no somos bien conocidos o, mejor dicho, somos mal conocidos. Después de mucho hablar con personas de distinta creencia, extracción social, edad y raíz cultural, me he dado cuenta que la imagen que muchos tienen sobre nuestra peculiaridad es una especie de caricatura rígida y esclerosada que no responde a lo que nosotros percibimos y experimentamos como los rasgos fundamentales de nuestra identidad. Ante la pregunta por lo que caracteriza a los religiosos impresiona la variedad de las respuestas que en su gran mayoría se asemejan más a la caricatura antes mencionada que a lo que nosotros y nosotras experimentamos en el día a día de nuestras vidas.

Hay quienes dicen que ello se debe a la imagen que proyectamos en el pasado; esa imagen se mantendría firme y nítida a causa de que hasta no hace muchos años los religiosos y religiosas conformábamos buena parte del escaparate de la Iglesia. Se puede decir que en algunos ambientes la Iglesia era identificada con esos “*curas y monjas*” que llevaban colegios u otras instituciones con las que la gente se relacionaba por

distintos motivos. En ese contexto la vida religiosa se presentaba a sí misma como el estado de perfección dentro de la Iglesia, como el lugar más apropiado para llegar a la santidad o para ofrecer la vida a Dios. De alguna manera se transmitía que para ser cristiano en serio había que ser religioso; los religiosos éramos los que habíamos respondido afirmativamente a los “*consejos evangélicos*”. Pero además de “*perfectos*” éramos gente “*rara*” porque ese camino de perfección suponía huir del mundo; no era extraño que la historia fuese concebida como un lugar lleno de peligros que no eran otra cosa que los obstáculos que había que sortear para llegar a la santidad anhelada.

Otros dicen que la imagen que transmitimos está estrechamente relacionada con las “*obras*” que llevamos adelante. Los religiosos y las religiosas seríamos gente dedicada a distintos trabajos; el gusto por esas actividades sería últimamente la explicación de la entrega de la vida a una congregación determinada. Todo se explicaría por la atracción que algunas actividades u obras ejercerían sobre algunas personas. Los religiosos y las religiosas estaríamos siendo percibidos por lo que hacemos y no por lo que somos o deseamos ser.

Hay quienes definirían a los religiosos y las religiosas como gente buena que se dedica a cosas buenas: educar, curar enfermos, cuidar huérfanos o ancianos, etc. etc. Esa bondad no sería necesariamente algo adquirido o forjado por la persona en cuestión sino que se trataría de un don especial del Señor. Uno de los típicos comentarios cuando alguno abrazaba la vida religiosa era que “*ya de niño ó la niña se le veía tan bueno, tan servicial*” que era natural que se orientase por un camino así.

En medios más cultos e intra eclesiales se decía que los religiosos y las religiosas eran la vanguardia de la Iglesia. Eran como la punta de lanza de la Iglesia que llegaba a lugares y situaciones de frontera. La Iglesia contaba con un “grupo de choque” que era capaz de arriesgar todo por extender sus límites y presencia. Baste recordar que los primeros misioneros de nuestras tierras fueron religiosos.

Aunque podríamos seguir descubriendo facetas de la imagen que los religiosos tenemos o transmitimos hacia nuestra sociedad, me basta con lo apuntado para decir que, aunque todo esto toca o roza la trama de nuestra identidad, no llega a transmitir aquello que llevamos por dentro y que es como el secreto de nuestras vidas. Si bien es cierto que podríamos ir desde las pinceladas antes señaladas hacia su propia profundidad y dar allí con realidades en las que nos sentiríamos más cómodos o representados, prefiero atender en un primer momento a lo que la Iglesia dice en nuestros días sobre lo que es o debe ser la vida religiosa para dar lugar, en un segundo paso, a lo que a mi juicio es la vivencia interior de los religiosos y religiosas en estos tiempos.

1. Miembros de un pueblo con un cometido específico

El Concilio Vaticano II define a la Vida Religiosa como un don del Espíritu a la Iglesia que “manifiesta”, “testimonia”, “proclama” y “prefigura” los valores del reino de Dios; valores que de alguna forma ya están presentes en nuestra historia como el dinamismo más profundo de la misma que habrá de desembocar, por la gracia de Dios, en la nueva tierra y los nuevos cielos.¹ Medellín² señala que ese don es profético; es decir que la

¹ Lumen Gentium, n. 44

² Medellín 12, 2

Vida Religiosa es un regalo que hace Dios a la Iglesia y el mundo con miras a que cumpla la función que los profetas efectuaban en el Antiguo Testamento.

El P. Víctor Codina³ señala las siguientes características como las más importantes de la vida profética:

- Toda vocación profética se fundamenta en una experiencia profunda de Dios.
- Esa experiencia está ligada a la historia del pueblo de Dios, acontece de ordinario en momentos de crisis e implica ver el mundo con los ojos y el corazón de Dios.
- Comporta denunciar la situación de pecado.
- Implica un anuncio del plan de Dios, la utopía del Reino.
- El profeta llama a la conversión.
- La profecía se desarrolla a través de palabras y símbolos.
- La profecía suele provocar crisis, conflictos, persecuciones....

Todo lo anterior se puede sintetizar diciendo que la misión de los religiosos en la Iglesia y en mundo es ser “*signos proféticos del Reino de Dios*”. Interesa señalar la idea de signo, aquello que el Concilio apunta al decir que los religiosos han de testimoniar, proclamar y prefigurar los valores del Reino. Sin entrar en complejidades ni complicaciones filosóficas, bien podemos decir que el “*signo*” es algo que dice algo a alguien; una realidad que habla, más aún, su esencia es hablar, decir, testimoniar. En efecto, el sentido último de la vida religiosa está en anunciar, denunciar e invitar a la conversión para que nuestra historia se oriente hacia los valores del Reino.

Ahora sí parece que estamos tocando algo más fundamental de nuestra identidad. No se trata de lo que hacemos o de lo que en algún tiempo llegamos a hacer ni de si somos más perfectos o buenos que otros. Estamos utilizando una expresión que puede explicar lo que hacemos, evoca la intencionalidad profunda de lo que deseamos ser y nos recuerda que somos parte del pueblo de Dios cuya finalidad es anunciar el Reino de Dios dando testimonio de la resurrección de Cristo.

Aunque los religiosos y las religiosas de este tiempo nos sentimos reflejados en esa definición: signos proféticos del Reino de Dios, cabe señalar que es una perspectiva que no recoge bien lo que podríamos llamar la carne o el más acá de esa vocación. ¿Cómo es que uno es signo o se siente llamado a ser signo de esa manera?; ¿qué es lo que diferencia a los religiosos de los laicos que también están llamados a ser signos proféticos del Reino?; ¿qué es lo que pasa por dentro de los religiosos a la hora de apostar la vida entera a ser signos proféticos del Reino?; ¿cuál es la vivencia que está detrás de ese llamado?; ¿de dónde brota ese deseo de ser signo y de esa manera?

2. Peregrinos y testigos del “sentido”

Cuando decimos que la idea de “*signo*” ayuda pero no refleja bien la vivencia de los religiosos es porque puede dar lugar a algunos equívocos. La idea de “*signo*”, sin más, puede dar lugar a pensar que uno asume tal condición en un momento determinado como podría ser al entrar en una congregación, al hacer los votos, luego de algunos años en un instituto, o en el tiempo en que se experimentó el llamado. El signo así entendido

³ CODINA, Víctor. *El profetismo de la Vida Religiosa y los nuevos arceópagos*. Paulinas. Bs. As. 1997

sería algo automático y estático que se produciría de una vez y para siempre. Desde esa perspectiva se perdería algo fundamental en la entraña de ese signo: la idea de proceso a lo largo de la vida. En efecto, el signo que anhelamos ser se fragua en un proceso, se va manifestando en el decurso de una búsqueda de Dios. Es algo que llega a ser en el mismo devenir porque su esencia es ser histórico. Podemos decir que uno se va haciendo religioso o que el camino de la vida es lo que va configurando el “*signo*” del que estamos hablando.

En efecto, sin introducir la idea de proceso se podría dar la impresión de que los religiosos en determinado momento “*poseemos a Dios o los valores del Reino*” y que, por ello y en forma automática, nos convertimos en signos de esa realidad para la Iglesia y el mundo. En esa perspectiva daríamos testimonio de una posesión o una especie de riqueza que no tendrían otros y que se obtendría, en última instancia, por pertenecer a una congregación determinada. No es exactamente eso lo que en realidad vivimos; más que poseer a Dios debemos afirmar que los religiosos somos aquellos que nos consagramos a buscarle. Habitados por una inquietud o pregunta radical por el sentido en su dimensión más profunda, nos sentimos llamados a desvelar una dimensión del ser humano y un aspecto fundamental del rostro de Dios. Con otras palabras: somos personas seducidas por el horizonte del misterio de Dios, peregrinos del sentido. Esa aventura la hacemos siguiendo a Jesús de Nazaret quién, por otra parte, no tenía dónde reclinar la cabeza.

Buscar a Dios con pasión y con entrega es el secreto del buen religioso. Muchas veces hemos pensado que los religiosos poseían a Dios; que su vida no era otra cosa que la expresión de esa posesión o el corolario de quién había llegado a la meta. El religioso era el que habiendo encontrado el sentido y la vida verdadera tenía que actuar, construir y trabajar desde aquella riqueza. Sin duda que algo de eso hay; nadie podría entregar la vida sin haber encontrado, sin haber gustado en alguna medida la fidelidad de Dios o sin creer en el cumplimiento de sus promesas. Pero esa fe no es el fin de un camino sino el despertar de una peregrinaje que se adentra en el misterio de Dios.

Se podría decir que todos los seres humanos están habitados por esa pregunta o inquietud radical y es verdad. Pero lo que también es cierto es que algunos, nosotros y nosotras gustamos de llamar a eso vocación, se sienten como empujados desde dentro a ser portadores de esa pregunta con su vida o, mejor dicho, a consagrar la vida dando alas y cauce a ese anhelo que no se contenta con nada de lo creado. ¡Cómo decir que hay algo más!, ¡cómo decir que la vida bien vivida es la búsqueda apasionada y auténtica del rostro de Dios!, ¡cómo expresar que el misterio de Dios es el verdadero horizonte de nuestras vidas!, ¡como testimoniarlo con la vida y no con meras palabras!, ¡cómo decir que vale la pena luchar y trabajar en serio y a fondo por un mundo mejor?

En ese horizonte se inscriben todas nuestras obras y trabajos porque el signo no es algo teórico o que tiene vida en la intimidad del corazón humano. El signo para ser creíble tiene que hacerse historia y concreción. El don de Dios debe convertirse en servicio real y palpable para que de verdad sea significativo y operante.

Ahora bien, más allá de los trabajos y obras de los religiosos la forma que tenemos en común de vivir la aventura de la vida o de ir configurándonos como signo de los valores del Reino es a través de la fidelidad a los votos –pobreza, castidad y obediencia- y en la vida comunitaria. Los votos no son, como decíamos antes, la expresión de una riqueza

autosuficiente sino el canto agradecido de quién se reconoce amado por Dios y la expresión de una búsqueda; hablan del deseo de profundizar el conocimiento y el amor de Dios. Ese camino, esa búsqueda, la hacemos con otros, con los que son distintos; personas a quienes no hemos elegido. Se trata de construir la fraternidad desde la alteridad, caminar hacia el reinado de Dios que se constituye como pueblo de hermanos en donde todos experimentan en vida y en verdad que Dios es Padre y Madre.

A la luz de lo dicho podemos pensar que el religioso más que alguien que posee una riqueza es aquel que camina herido de sentido, que anhela e intuye horizontes de plenitud y nunca el sedentario que alcanzó la meta. Desde esa perspectiva los votos son como las plataformas de esa búsqueda o de esa pasión por el sentido y el servicio, y la vida en común, el espacio real y concreto en que el signo va tomando cuerpo y resplandor.

3. La vida en común y los votos de pobreza castidad y obediencia

¿Cómo construir fraternidad sin apoyarse últimamente en cosas mundanas como son la simpatía, las ideologías, los gustos, la raza o cualquier otra cosa de acá que, por definición, incluye a unos y excluye a otros? ¿Cómo decir que todas esas cosas no son lo último ni lo que puede garantizar la comunión que alcanza la plena integración?; ¿cómo decir que esas cosas –gustos, raza, ideas, etc- que se presentan fuertes, movilizadoras y tan de la piel, son, en última instancia, paja que se la lleva el viento?; ¿cómo decir que lo definitivo se preanuncia en los deseos más profundos y se aproxima en el amor a secas, en el amor que integra lo diferente?

La vida comunitaria es espacio de búsqueda y significación de lo que constituye la misma trama del reinado de Dios: la fraternidad que se funda en la filiación y el camino que nos acerca al rostro del Padre como fuente inagotable de amor y felicidad.

La pobreza como el “no tener” o buscar no cubrirse con posesiones nos sitúa en una determinada intemperie que impele a buscar lo único que importa. Es una forma de acoger la vida en sus desafíos, preguntas y dolores sin ropajes o entretenimientos materiales o intelectuales. No se trata de una pobreza que estaría escondiendo una autosuficiencia personal que a uno le llevaría a prescindir de las cosas u otras posesiones para vivir. Antes al contrario, se trata de apostar por la intemperie como “lugar” más apropiado para buscar a Dios y a los hermanos.

Consagrarse desde esta perspectiva es entrar en la historia para experimentar a fondo el misterio que entraña vivir humanamente. Es el compromiso de ir tras los pasos de Jesús que acogió el misterio de la vida y de la muerte como nadie lo hizo ni lo hará jamás. Él es el guía de la búsqueda; Él es quién nos dice que el Reino está en medio nuestro y que no está aquí o allí; que el Reino de Dios vive en nuestros corazones y en nuestras relaciones.

La castidad es buscar a Dios desde el empeño de vivir la dimensión oblativa y universal del amor; es ir tras el amor que no posee ni excluye. En efecto, se trata de otra intemperie en la que nos situamos para descubrir el rostro universal e inclusivo del amor de Dios. De nuevo, no se trata de la prescindencia de quién posee algo especial y no necesita del amor para vivir, sino de una pasión por vivir otras dimensiones del amor; una pasión que es una necesidad, una búsqueda que tiene su raíz en la carencia y no en

la abundancia. El anhelo de lo definitivo y abarcante es el aire de ese caminar; la ternura y el amor de Dios son el alimento y el consuelo en el camino.

La “obediencia” es una palabra que viene del latín “*ob audire*” : poner el oído allí; poner el oído afuera. El que obedece en ese sentido es el que es capaz de poner su oído afuera de sí mismo. Uno hace voto de obediencia para poner su oído disponible a la Palabra de Dios. ¡Nada más lejos de la autosuficiencia o la soberbia que el voto de obediencia! Se trata de una promesa que en su fuero interno implica un reconocimiento de la propia pequeñez ante el insondable e inmanipulable plan salvífico de Dios. He aquí otra plataforma de búsqueda: caminar tras la voluntad de Dios en los avatares de la historia; poner el oído afuera para insertarse en el verdadero dinamismo de la historia que ofrece sentido y salva.

Conclusión

Los evangelios nos muestran a un Jesús pobre, casto y obediente y también nos dicen que llamó a otros para que fuesen sus amigos y vivieran como él. Sabemos que Jesús vivió de esa manera, no porque fuese la única manera de seguirle o simplemente de ser cristiano; ¡gracias a Dios hay otras maneras de seguirle!, pero no cabe duda que en su forma de vivir está la explicación última de la vida religiosa. Jesús nos invitó a tener un tesoro en el cielo; un tesoro que no conoce la polilla ni el herrumbre⁴, no tuvo donde reclinar la cabeza⁵ y nos dijo que su alimento fue hacer la voluntad del Padre⁶.

Más allá del éxito o fracaso que la vida religiosa pueda tener en cuanto signo profético del Reino de Dios en una época o lugar determinado, importa señalar que lo que nos define es ese hondo deseo de significar proféticamente los valores del Reino y que esa significación se desvela como búsqueda del rostro de Dios que es lo único que ofrece el sentido y la plenitud que ansía todo ser humano.

Lo que nos diferencia de los laicos es la consagración, la dedicación a ser ese signo que, en alguna medida, compete a todos los cristianos. ¡Gracias a Dios hay gente que se siente llamada a amar de esa manera!, ¡gracias a Dios hay gente que se siente llamada a vivir la dimensión profética del amor! El amor es la vocación de todo ser humano; los religiosos buscamos testimoniar una dimensión del amor a lo largo de nuestras vidas. En ese sentido podemos decir que los religiosos estamos llamados a “ser signo” de lo que verdaderamente importa o un recuerdo vivo de lo único que merece ser buscado. Si el signo es reconocible y bueno puede ser un poderoso estímulo y una guía fiable para los que tienen como misión específica la construcción de la historia de forma que se encamine hacia los valores del Reino.

⁴ Mt. 19,21; 6,19-21

⁵ Mt. 8,20

⁶ Jn,4,34

VENTANAS ABIERTAS

- COMO NOS VEN
- CAMINOS DE ESCRITURA

JESUS NOS ENSEÑA A LEER LA BIBLIA

Una lectura de Lc 24,13-35 desde el mundo campesino

P. Jesús Valverde, sj

¿Qué hace Jesús?

¿Cómo comenzó Jesús?

¿Cómo se hizo amigo de los dos discípulos? (Se les acerca, les conversa, les pregunta).

¿De qué iban ellos conversando? (De su VIDA: sus problemas, sus dudas).

¿Por qué Jesús no quiso darse a conocer?

¿Qué hace Jesús con los amigos? (Los escucha, responde a sus inquietudes, preguntas).

¿Cómo les responde? (Con la Biblia, explicándoles los textos que dan la respuesta a sus preguntas; el misterio de la cruz).

¿Qué sienten ellos al escuchar a Jesús?

Consecuencias

¿Qué cambios experimentaron en sus vidas los dos discípulos? (Superan la crisis, renuevan su fe en el resucitado...).

¿Cómo la palabra de Dios renovó la comunidad de los apóstoles?

¿Cuál fue la condición necesaria para que los discípulos llegaran a reconocer a Jesús? (Compartir)

¿Cómo debemos nosotros y nosotras leer la Biblia en la comunidad?

¿Cómo debemos empezar las reuniones? (Compartiendo las VIDAS: problemas, alegrías; eso son los “hechos de vida”, el VER).

¿Dónde podemos encontrar respuestas a nuestras preguntas de la VIDA? (En la Biblia que es la Palabra de Dios, hecha libro que da VIDA).

¿Por qué la comunidad nos puede ayudar a comprender mejor la Palabra de Dios? (En ella se hace presente Jesús – Mt 18, 20 – y su Espíritu).

¿Cómo podemos escuchar en la comunidad a Jesús y a su Espíritu? (Escuchando a los demás miembros de la comunidad).

¿Cómo podemos hacer “actual” la palabra de Dios escrita hace más de veinte siglos? (Aplicándola a nuestras vidas personales o de la comunidad. Esta historia es mi historia).

¿Qué hemos sentido nosotros y nosotras al leer y meditar la Biblia? Dar algunos testimonios y recordar que Jesús es LUZ ¹, semilla ², VIDA ³.

¿Qué cambios hemos experimentado nosotros al leer la Biblia?

Para que podamos descubrir a Jesús resucitado, ¿qué debemos compartir? Hacer algunos compromisos.

¿Cómo cada uno de nosotros y nosotras y la comunidad puede ser “misionera”?⁴

¿Cómo la comunidad puede celebrar el encuentro con Jesús resucitado?

¿Cómo la lectura de la Biblia refuerza a nuestra comunidad?

Oración:

Por medio de oraciones espontáneas cada uno va expresando su experiencia de Jesús resucitado por medio de la lectura de la Biblia: dando gracias, pidiendo algo... Acabar con un canto.

Resumen

Pasos para una lectura de la Biblia en comunidad:

1. Compartir entre todos y todas sus vidas, con sus respectivas preguntas.
2. Escuchar a Jesús que nos da las respuestas por medio de la Biblia y el comentario de los miembros de la comunidad: La VIDA pregunta a la PALABRA y la PALABRA responde, con fuego, luz y VIDA.
3. Aplicar lo leído a nuestras vidas: esta historia es mi historia.
4. Conversión: ¿en qué voy a cambiar junto con mi comunidad?
5. Celebración.

¹ Mt 5, 14-16

² Mt 13

³ Jn 10,10

⁴ Hch 4, 32-37

• **RUMOR DE DIOS**

LAS MADRES ASESINAS

Iván Silén¹

A las víctimas de las Torres Gemelas
de Nueva York (World Trade Center).

I

El dedo de Dios como una luna,
escorpión del cielo en llamas,
busca, toca, y clama delante de ti, Sodoma,
a la espalda de tu pueblo, ¡clamo!, porque

la muerte (pasajero de Dios) mochila
al hombro te visita en medio de los niños y
en medio de las madres. ¡Arrepiéntete,
Nueva York, antes que el hongo de Dios,

la Bomba de Dios, los jinetes, los ángeles, los sellos
se viertan contra ti! ¡No robes, Nueva York,
como has robado! Ni mates como has matado!

Ni deicidas, ni incestes, ni t'espantes,
ni te comas los hijos de la muerte
el día de tu sueño y tu vigilia.

II

¿Qué dirás delante de la muerte? ¿Qué
excusas pondrás delante del espejo si tus días
están contados? No me conviertas
en Casandra: ¡ve y bebe de

tu sangre! ¡Come y ve de tu polvo
y mira el ojo del asesino que te mata!
¡Mírate a ti misma, huélete, perfuma
y mirra tu cadáver antes que Dios interrumpa tus

orgías! La noche canta ceniza y pasa, y hay
una luna delante de los puentes.
Los niños inciertos te contemplan.

¹ Poeta residente en New York

Un hombre hay delante de los gatos.
Una mujer se desnuda en el espanto
y la muerte enamorada avanza.

III

Ya no servirá tu copa, ni tu vino,
ni tus muchachas desnudas, ni tu jazz,
ni tu propina, ni tus ofrendas porque,
¿cómo comprarás el corazón de los que

han muerto? ¿Cómo has de matar tu propia
muerte ahora? Si tu amor es infiel como
los besos y tu risa amarga como hostia.
¿Qué le dirás a tus negros esclavos? Y a los

ilegales de las gavetas falsas, ¿qué
número le darás ahora? No orines detrás de
tu vergüenza, ni trafiques tus fetos

en los suicidios de las niñas mexicanas. ¡Ve
y bebe de ti! ¡Ve y muere de ti! ¡Ve y ora por
ti...delante de las madres asesinas!

Nueva York

13 de septiembre del 2001

TRIBUNA AFRO – INDIGENA

VIDA RELIGIOSA Y TRADICIONES AFROAMERICANAS

Mario Ventura, cp.

Introducción

Nos disponemos a adentrarnos en el mundo de las relaciones que se han establecido entre la vida religiosa latinoamericana y las tradiciones religiosas afro americanas, las cuales no han sido muy cercanas ni muy pacíficas que se diga.

Recordemos que desde el tiempo de la colonia los pueblos indígenas y afros sufrieron un atroz combate de parte de los conquistadores, quienes buscaron socavar sus principios socioculturales y socio religiosos, para así lograr establecer el proceso de evangelización. De manera extrema la población afro, en la mayoría de los casos, fue intermezclada con el fin de evitar la comunicación y la comprensión entre ellos y dificultar así la organización de los mismos y no opusieran resistencia.

Sin embargo, a pesar de lo anterior los diferentes grupos negros en el continente fueron recreando su “*mapa*” religioso, intercambiando entre ellos los diferentes elementos que cada uno traía de su etnia y combinándolos entre sí, recuperando así el núcleo central de su religiosidad y siendo capaces de releerlo ante la nueva situación de opresión y esclavitud.

Por otro lado, los religiosos eran punta de lanza de la evangelización en el nuevo continente, y aunque vale la pena resaltar el gran papel realizado por muchos de ellos en la defensa del indígena, debemos de ver con gran pesar que no fueron muchos los que tuvieron semejante valentía y que salieron igualmente para defender a la población negra esclava. La mentalidad mojigata del cristianismo europeo del momento miraba con gran asombro las diferentes prácticas y rituales practicados por los negros y negras esclavas. Todo eso trajo como consecuencia cierto permisivismo para con las prácticas de maltrato del negro, abuso y violaciones con las mujeres negras, además de que se les prohibía, satanizaba y perseguía por sus prácticas religiosas afro.

Ante esto, al igual que cierta población indígena, los negros y negras se vieron en la necesidad de cubrir su religiosidad propia con elementos del culto y del ritual de la santería católica, la Iglesia oficial.

La hegemonía y el poder de la conquista no consentía la presencia de prácticas religiosas fuera del ritual católico romano, ya que había que cristianizar a los paganos, y nada bueno había en aquel conjunto de prácticas ofrecidas a dioses paganos o al mismo satanás, así que de cualquier modo había que hacerlos salir de ese mundo religioso con el que ofendían a Dios.

La colonia estuvo marcada por ese conjunto de luchas y pugnas, y por toda una búsqueda de evangelización de la población indígena y negra, que en el último caso fue menos intenso que el primero.

El paso de la colonia a la formación de los países independientes, tanto en la esfera de influencia española, portuguesa, al igual que inglesa y holandesa, aunque tuvo ciertos matices diferentes para cada área de influencia, no tuvo mayor diferencia estructural ni fundamental respecto a la población afro, ya que el negro siguió siendo marginado de las esferas de influencia social, visto como ciudadano de segunda clase, cuya libertad se circunscribía dentro de la esfera de un estado mercantil, para vender su fuerza de trabajo. Además que sus expresiones religiosas siguieron siendo criticadas y marginadas a espacios de grupos excepcionales, que en algunas ocasiones vinieron a mezclarse con rituales de la Iglesia oficial, fundamentalmente católica, perdiendo así parte de su originalidad y combatividad.

El otro eje de nuestra temática, la vida religiosa no fue muy consecuente en su cercanía a los negros y las negras, aparte que un buen porcentaje de la misma población afro del caribe fue colonizada por los ingleses y asumieron la religión protestante...

Este trabajo lo comenzamos haciendo una presentación de la visión del hombre negro en Africa, luego continuamos con una relación de los vínculos con los ancestros; pasando después al sentido de la muerte en la cultura negra, incluyendo los elementos del mito y de los ritos. Luego se hace una breve presentación del caso del vudú en el Caribe y América Latina, para terminar con una pequeña reflexión y conclusiones.

1. *Visión del hombre negro africano*

En el contexto africano el hombre es concebido como un ser de “*participaciones*”; como un “*proyecto de participación vital*”. El hombre mantiene una serie de lazos ontológicos con sus semejantes, el mundo animal y con las potencias eminentemente vivas del cosmos. El hombre se sitúa como agente activo del mundo, abierto a la vida y llevado por una corriente de energías cósmicas, humanas y divinas.

Gracias a las participaciones de todo tipo que establece en su contorno comunal y cósmico se va configurando como ser que digiere la vida, saciándose perpetuamente de energías cósmicas y desarrollando estrategias para aumentar más y más su potencial de vida. “*Su proyecto de felicidad consiste en saturarse de vida*”¹.

La vida es aprehendida por el hombre desde dos ejes: el del poder y el del sentido. El poder vital se percibe concretamente en el estado social importante del personaje, en su “*buen nombre*”. Tiene que fundamentar su poder vital de vida sobre una base religiosa consistente que le asegure participación y protección constante de las potencias y de las energías cósmicas².

En el plano de sentido, el hombre se presenta como intérprete del mundo. Se rehusa a ceder ante el absurdo, incluso enfrentando ante la muerte. Para él, el universo es profundamente simbólico, resumiendo vida y desprendiendo sentido en cada una de sus manifestaciones. Los signos son escogidos por el hombre y crea sentido humano sobre ellos.

¹ C. LARRE. “*Antepasados en Africa*”. EN: *Diccionario de las Religiones*. Editor P. Poupard; Herder, Barcelona 1987; p. 76

² Idem

Como intérprete del mundo permanece despierto para percibir y captar las mínimas transformaciones de su cuerpo, su parentesco y su entorno, ya que son signos de una penetrante modificación del sentido y de las energías vitales.

2. Relación y vínculo con los antepasados (ancestros)

En Africa, los aspectos como parentesco, muerte, funerales y más tarde culto a los antepasados deben ser inscritos en una serie global dentro de la cual *“la generación humana se enmarca en una visión central de fecundidad de la naturaleza y de renovación cíclica de la vida”*³.

La existencia humana, aunque se desenvuelve en un tiempo histórico, está aún más profundamente unida a un más allá del tiempo. De esa manera, *“la supervivencia de los muertos en el recuerdo de los vivos es la ocasión privilegiada para experimentar dicha superación”*⁴. *Los muertos se convierten en interlocutores de los vivos. Por haber recorrido el ciclo completo son especie de tutores”* a los que conviene venerar hasta llegar al primero de ellos en orden cronológico, el antepasado supremo que ha sido puesto en este mundo directamente por Dios⁵.

El culto a los antepasados ocupa un lugar sumamente importante en las religiones africanas ya que expresa la esencia de la sociedad humana. Podemos decir que *“es la reafirmación de la inmortalidad de la gran familia, formada por los antepasados, los vivos y los miembros futuros del grupo”*⁶.

El proceso que asegura la continuidad es un ciclo en el que cada persona recorre diversas etapas y estados: espera; nacimiento; iniciación -renacimiento y anticipación de la muerte-; la vida en este mundo; la muerte propiamente dicha; luego un estado precario que sucede a la muerte en el que el difunto necesita todavía de los vivos hasta alcanzar el estado definitivo de antepasado.

Así, pues, los antepasados ocupan un lugar central y privilegiado en la cotidianeidad de lo vivido. Siendo así que *“la relación más inmediata con las fuerzas de lo invisible se sitúa en el plano de las relaciones entre los muertos y los vivos”*; es decir, *“los antepasados y sus descendientes”*⁷.

La familia o clan se basa en una comunidad que liga entre sí a los antepasados y a sus descendientes. Los antepasados aparecen como los poderes tutelares de la familia que garantizan la vida, la fecundidad y prosperidad a sus miembros, y como los guardianes

³ Idem. P.75

⁴ Idem

⁵ Idem

⁶ Idem

⁷ BOULANGER, A. *Africa negra*. art. EN: *Diccionario de las Religiones*; idem. p. 29.

de las tradiciones familiares, siendo defensores de su ortodoxia y jueces de los actos individuales y colectivos⁸.

*“Dicha supervivencia es posible por el “recuerdo” que los vivos guardan de ellos, por la palabra que los manifiesta, por su “control” garante del orden, y sobre todo, por la posibilidad de una “reencarnación” en el hijo por nacer”*⁹.

3. Sentido de la muerte en la cultura negra

La muerte es vista como algo propio del proceso que destruye la unidad del compuesto humano, provocando su transformación profunda al generar la liberación de los elementos constituyentes de la persona.

Sin embargo, la muerte no es la negación de la vida, sino una reorganización de elementos de la persona difunta, un cambio de estado, un paso ontológico y existencial a la vez¹⁰.

El difunto no es un deshecho, no es una basura. Este se convierte en un antepasado tutelar cuya actividad es indispensable para el buen funcionamiento de la vida social y humana.

La muerte africana, afirma Adoukonou, *“es el tránsito hacia la vida como un exceso de potencia, una afirmación de que la comunicación-comunión, que tiene lugar en el medio de la palabra, se continúa y se sobrevive a sí misma...”*¹¹.

Así es cómo la sociedad no se reduce a esta negatividad. Más bien, ésta pronuncia sobre este signo una palabra de esperanza. Al final de su proceso, la muerte ya no es obstáculo para la vida, sino que viene a ser como su sirviente especial. El orden vital viene a reproducirse gracias a la muerte.

4. Mitos y ritos en la cultura negra

Mitos

El mito o ideología de las sociedades arcaicas se define como un lenguaje o como un discurso universal, que lo incluye todo incluso el desorden¹².

Por su lógica propia el mito *“manifiesta un objetivo totalizador puesto que equivale a la ley orgánica de la naturaleza de las cosas, al sistema global de explicación de todo*

⁸ Idem, p.30

⁹ Idem

¹⁰ LARRE, C., op.cit., 76

¹¹ Idem. p. 77

¹² TOMAS, L. V. *Mito en Africa*. EN: *Diccionario de las Religiones*, p. 1210

lo que es". Por ejemplo, *el mito "dogon"* revela un profundo análisis de las condiciones mismas de la vida y de la muerte. Tiene un aspecto biológico preciso: El universo, es considerado como un todo y también como un cuerpo vivo, ordenado, funcional.

Presenta una construcción del universo totalizador, desde el sistema estelar hasta el más pequeño de los granos, pasando por el hombre, imagen microcósmica del universo. Lo anterior no excluye la experiencia, sino que la toma en cuenta, yendo más allá de ella; considera su insuficiencia y la toma en cuenta para fundamentarla mejor¹³.

Mito y normas.

El mito de Africa negra supone además una deontología y una liturgia. El mito constituye el modelo arquetípico de lo que debe ser o de lo que debe hacerse, ya se trate del comportamiento cotidiano o del ritual religioso. En su esencia, constituye ante todo un bien colectivo esencialmente transferible.

En el mito, norma y código forman una unidad. De ahí la importancia concedida a las escalas de dignidad y de pureza, que se aplican a los hombres. Notoriamente el mito justifica la primacía de los antepasados, especialmente la de los antepasados fundadores; la legitimidad de la gerontocracia, la desigualdad de las castas; la superioridad del hombre sobre la mujer; y el ascendente del ser humano sobre el animal y la planta...¹⁴.

El mito, *"por medio de la explicación y la magnificación del modelo social que lleva a cabo, participa en la dirección de las conductas, en la canalización de las energías y en la represión simbólica de las desviaciones"*¹⁵.

También da lugar a una liturgia propia del grupo que lo recita. Suele informar y estructurar la liturgia, cuyo fin esencial es reproducir ciertas secuencias míticas y corporeizarlas.

Nunca se insistirá bastante en el papel capital del cuerpo, a menudo desdeñado por muchos que asocian la carne al pecado, la culpabilidad y la muerte. El africano baila su mito, expresando con la actitud y el gesto su vivencia religiosa¹⁶. El aprendizaje de los mitos es un aprendizaje parcialmente gestual.

Ritos

¹³ Idem. p.1211.

¹⁴ Idem

¹⁵ Idem

¹⁶ Idem

Según el antropólogo Nadel, el rito “*existe por sí mismo*”, y “*constituye un orden autónomo independiente de toda glosa o exégesis y posee su lógica y eficacia propia*”¹⁷.

“*Si las religiones del Libro (Islam, Cristianismos, etc.) dan más importancia a la liturgia verbal dejando a un lado el cuerpo y suspendiendo su actividad, en las religiones africanas, la relación con lo sagrado supone la participación y el compromiso del cuerpo*”¹⁸.

La embriaguez y la ingestión de cualquier otro ingrediente que produzca un estado alucinatorio, es una vía normal de comunicación con los dioses. El consumo de bebidas se inscribe en una lógica del don y del reparto. Vendrían a dar testimonio de una verdadera “*coelología*”.

Lo que caracteriza el campo ritual africano es la distinción entre ceremonias secretas y públicas. “*Todo culto religioso tiene sus pases esotéricos y exotéricos, sus bastidores y su representación escénica, siendo su función propia el organizar la intervención de los antepasados a título de actores participantes*”¹⁹.

El ciclo de la vida humana da lugar a ritos bien conocidos que se han dado en llamar “*ritos de paso*”; los más célebres son los ritos de iniciación y los ritos funerarios. Según V.W. Turner “*éstos ritos ponen de relieve el tema del sufrimiento como medio de acceder a un estatuto ritual y social más elevado*”²⁰.

Se debe tener presente también, que en las religiones africanas toda ceremonia recurre a las técnicas corporales de la danza, su ritmo y a sus efectos habituales: trance y desdoblamiento.

Los ritos, pues, tienen un papel importante ya que devuelven al hombre, de varias maneras, el sentido de su existencia a la vez individual y colectiva porque, precisamente el ritual es una encarnación y un cumplimiento de verdades místicas salvadoras.

5. El caso del vudú

Esta religión afro americana, quizás la más conocida y más mitificada de América Latina y el Caribe, tiene sus raíces en la religión Fon de la etnia originaria de la República de Benin. Surge en Haití durante la época de la esclavitud negra. Es una religión con mucha plasticidad y elasticidad, capaz de reacomodarse y reelaborarse,

¹⁷ A. Mary.- “Ritos africanos”; art. en “Diccionario de las Religiones”; idem, p. 1531.

¹⁸ Idem

¹⁹ Idem, 1532

²⁰ TURNER, V.W., citado por A. Mary EN: *Ritos africanos*; idem, eodem, p. 1533.

dando significado a la vida espiritual y física de grandes sectores de la población negra, y dando respuesta al paternalismo que pretendía imponer la Iglesia cristiana colonial.

Sus rasgos más puros y significativos son los siguientes:

La *vida*, es el centro y esencia de sus creencias, que es la lucha por la vida; como posibilidad de futuro; como realidad y anhelo de tenerla en el presente y como herencia del pasado.

Es la religión de los sectores más pobres y marginados de Haití y Brasil. Sus miembros han sido y son objeto de persecución, secular y religiosamente, acusados de práctica de magia y hechicería.

Es una fuerza que lanza al fiel, a luchar por construir la vida y hacerla presente en medio de la situación de esclavitud.

Es importante resaltar de esta religión su situación sincrética. Es una religión procedente de la mezcla de cuatro tribus diferentes, que en medio de la experiencia de esclavitud que les toca vivir juntos, los miembros de estas tribus se ven en la necesidad de hacerle frente a la opresión buscando un sentido religioso común, dentro del ambiente opresivo y angustiante, y la situación dolorosa de la plantación. Esto los empuja a profundizar su fe en la vida. Esta fe en la vida afirmada da cohesión a la comunidad y trascendencia a la historia.

Se cree en un Buen-Dios-Bueno, que es el origen de todo y meta de todo. Es el ejemplo de todas las perfecciones, a quien no se llega a conocer plenamente puesto que no suele ponerse en contacto con los fieles.

El vudú es un sistema de creencias y prácticas que el pueblo haitiano ha forjado a partir de su raíz africana, protegiéndose y aligerando las cargas de la vida. El sistema de la fuerza es la filosofía de los antepasados bantus, para quienes el ser es la fuerza.

El vudú es lo que la fuerza posee, él comunica fuerza. Y para que esta fuerza se comunique se necesita un intermediario, y su ser real es el hombre mismo. El hombre necesita instrumentos, como por ejemplo los ritos suscitan la danza, luego manifestación en trance, éxtasis y posesión del hombre por el espíritu. El espíritu es manipulado por el hungan, el ganga, bokó o por la mambo.

La persona que es montada por el espíritu (loá), no es el mismo, es más que él mismo, viene a ser el loá y el honrado como tal. Lo encarna y lo somete a un verdadero condicionamiento social. Como manifiesta O. Espin, *“La posesión es como la epifanía de lo divino en medio de la comunidad, la presencia real de los loás”*. Y es en medio de esta liturgia que los *“misterios”* confirman su papel como donadores de *“Vida”* para sus fieles, compartiendo con ellos y afirmando la relación sagrada con los creyentes”. Se vuelve capaz de predecir o prodigar consejos. Se convierte en un visionario e interpreta los signos de los tiempos, es venerado como un dios directamente de la Guinea africana, es obedecido ciegamente.

La vida litúrgica del vudú, viene a ser fundamentalmente una comunicación de *“Vida”*, de los fieles a los loás y de éstos a los creyentes.

El vudú es una fuerza movilizadora y combativa. Fue la fuerza del vudú, la que impulsó a los haitianos a luchar por su liberación en el año de 1791 y fue la misma fuerza la que los empujó a la lucha, por medio de la cual lograron su independencia el 18 de noviembre de 1803, venciendo en una guerra a los ejércitos mejor entrenados de Europa.

6. Reflexión y conclusión.

Si comparamos el vudú con otras prácticas religiosas afro, particularmente con el Candomblé, podemos decir que tienen muchas cosas en común, especialmente su afán de defensa de los valores africanos y su gran resistencia a las embestidas de la religión dominante. Igual se puede decir respecto a la Santería, con la cual comparte la facilidad de reelaborar y re-simbolizar africanamente la figura de los santos católicos.

Ligado a lo ya antes dicho, si nos atrevemos a comparar el vudú con el cristianismo y más en concreto con el catolicismo, podemos decir que ambos tienen en común la centralidad de la vida. La vida tiene una importancia fundamental para ambas religiones. Así Jesús manifestó a quienes venían a oírle: *“He venido para que tengan vida y vida en abundancia”*²¹; *“Yo soy el pan vivo bajado del cielo”*; *“Yo soy el pan de vida”*. Pero, lastimosamente tanto en una religión como en la otra, este valor central de la vida ha sido relegado a un segundo plano, abstrayendo a los fieles de la realidad y del compromiso concreto con la vida de los más pobres y marginados de la sociedad, sobre todo la realidad del pueblo negro haitiano.

Ante la situación concreta de las prácticas religiosas afro americanas, particularmente en el caso del vudú, se nos exige como Iglesia una postura más amplia, de diálogo y apertura, para captar en profundidad las insinuaciones del Espíritu que nos convoca a descubrir las necesidades de nuestros hermanos, como el herido del camino de la parábola del samaritano, que supo ayudarlo para restablecerse como persona sin imponerle nada... Las prácticas religiosas del vudú y las de la Iglesia Católica, podrían establecer un nuevo tipo de relación que posibilite una mejor ayuda al pueblo pobre, para que este alcance una mejor vida, sean libres y construyan su propia historia.

La Iglesia está llamada a continuar con la tarea y misión ya comenzada por Jesús: de instaurar su reino y colaborar para que los seres humanos nos encontremos con este Dios de la vida; la vida religiosa, que ha sido y sigue siendo voz profética al interior de la Iglesia y la sociedad, es invitada a discernir estos signos de los tiempos, a meterse en los nuevos areópagos: el mundo de los indígenas y afro americanos, para llevar allá su conciencia y convicción de que el Dios de Jesús sigue apostando por la vida, y que sus valores se viven también fuera del ámbito del Templo y de las culturas dominantes, y que va aconteciendo en medio de los marginados de las riquezas de este mundo. Es una vida religiosa que descubre que la meta de su tarea y particularmente de la evangelización inculturada, es *“siempre la salvación y liberación integral de un determinado pueblo o grupo humano, (de manera) que fortalezca su identidad y confíe en su futuro específico, contraponiéndose a los poderes de la muerte, adoptando la*

²¹ Jn 10,10

perspectiva de Jesucristo encarnado, que salvó al hombre desde la debilidad, la pobreza y la cruz redentora”²².

La Iglesia, poco a poco va tomando conciencia de esta realidad, y por eso quiere compartir los sufrimientos y acompañar, al mismo tiempo que apoyar las legítimas aspiraciones a una vida más justa y digna para todos que surgen de las comunidades afro americanas. Así el Papa Juan Pablo II, en su mensaje a los afro americanos decía: “*A este propósito, no puedo por menos expresar viva gratitud y alentar la acción apostólica de tantos sacerdotes, religiosos y religiosas, para que los afro americanos del continente puedan contar con ministros que hayan salido de sus propias familias*”²³.

²² DSD. No. 243

²³ Mensaje del Papa J.P. II a los afroamericanos No. 5 DSD, 1992

ECOS DEL CAMINO DE EMAUS

Centro América

En la esta Asamblea de superiores y superioras de América Central intentamos dejarnos iluminar por la realidad que hoy nos toca vivir, por la Palabra de Dios y por el deseo de la CLAR de que la vida religiosa Latinoamericana y Caribeña, emprenda una gran peregrinación a las raíces profundas de su ser, dando un nuevo impulso al camino de refundación y, de esta manera haga posible que la vida religiosa viva en fidelidad creativa su respuesta hoy a esta sociedad que fomenta cada día más excluidos y se convierte en una sociedad cada vez más deshumanizadora.

El tema sobre el que reflexionamos ha sido “El Camino de Emaús”, proceso que la CLAR está proponiendo para la vida religiosa de América Latina... Animamos a la vida religiosa de América Central a integrarse en este proceso que tiene el siguiente objetivo: “...hacer juntos y juntas, una experiencia espiritual que se encarne en nuestras realidades concretas, transforme nuestras vidas, renueve y refunde nuestras congregaciones, nos lleve a dar respuestas significativas para la Iglesia y el mundo de hoy. Un caminar con todos y todas, un caminar orante – contemplativo – envolvente.

Colombia

- Como los discípulos de Emaús, conviene a la vida religiosa colombiana hacer un camino para comprender lo incomprendido y con actitud honesta y simple, dejarse sorprender ante el misterio de la muerte-vida, cruz-resurrección, esperanza-deseesperanza, siguiendo la pedagogía del Evangelio... Sentarse con el forastero y compartir con él la vida, lo que somos y lo que tenemos, hace posible el encuentro y la revelación del Resucitado, permite comprender que el quehacer tiene la fuerza en la donación y en la Eucaristía, fuente de ilusión, de esperanza y de transformación... Como los discípulos de Emaús será urgente conversar, oír y admirar a tantos hermanos y hermanas nuestras que con su ejemplo martirial en lugares de frontera nos están ayudando a ir más allá de los análisis simplistas sobre la realidad de la tierra sacudida por el dolor, sólo así habrá fidelidad a Jesús, a su palabra y a su Reino que no acabará, si la fuente es el Señor de la vida. Religiosos y religiosas de Colombia a emprender un camino nuevo. La refundación de la mano de María Madre y Formadora, *porque es la hora de un proyecto alternativo por la vida*¹.

- Hermana Carmen Margarita Fagot y equipo de Teólogos y Asesores de la CLAR

Apreciada Hermana Carmen:

¹ Mensaje final XL Asamblea General.

Desde hace varios días estaba por escribirle en nombre de todas las Hermanas Salesianas de la Provincia María Auxiliadora de Medellín, para expresarle nuestra admiración, reconocimiento profundo agradecimiento por el material tan maravilloso que ustedes desde el centro de la CLAR nos han enviado como motivo de estudio y reflexión.

En la pasada reunión de animadoras que tuvimos, hace ya casi un mes, nuestra Provincial, Sor Gloria Elena García Pereira y su Consejo nos presentaron el material *Por el Camino de Emaús 2001*. La memoria desde el presente. Nos gustó muchísimo, lo valoramos enormemente ya que bien sabemos lo que significa un trabajo de esas magnitudes y toda la solicitud puesta por ustedes para que llegara hasta nosotras con esa prontitud, excelente presentación y maravilloso contenido.

Así que Hna. Carmen Margarita, reciba de parte de cada una de nosotras un agradecimiento grande por este esfuerzo tan significativo en orden a la refundación de nuestras comunidades. Estoy segura de que nos servirá muchísimo para los trabajos comunitarios y todo el funcionamiento del Reino del Señor.

Que El, magnífico en dones sea la recompensa que pedimos para ustedes y todos los colaboradores.

Chile²

- Queremos refundar la vida religiosa. Esto no significa que tenga que ser fundada de nuevo. Ya tenemos a Cristo su fundamento último, firme e insustituible. Pero la fundación sobre esa roca firme ha ido envejeciéndose. Por eso estamos empeñados en recuperar nuestra fuerza originaria, poniendo siempre de nuevo el fundamento en la roca de Cristo, no en la arena de tradiciones particulares. Cada familia religiosa requiere reavivar su carisma, la experiencia de fe de sus fundadores y fundadoras. Cada una de esos carismas sigue siendo riqueza del espíritu para la Iglesia y el mundo. Para evangelizar hoy tenemos que situarnos en los nuevos areópagos, como nos lo pide el Papa, en los ambientes donde se transmite la cultura actual.

Se trata de responder a la invitación del Santo Padre a que vivamos en “fidelidad creativa”. Debemos ser creativos hoy para ser fieles a la vida legada por nuestros fundadores y fundadoras. El carisma en una congregación es algo vivo, llamado a encarnarse en cada momento de la historia. Ser fieles significa responder con el espíritu de nuestro carisma a los desafíos que hoy nos plantea la sociedad.[...]

Nos sentimos impulsados a recorrer caminos de refundación para ser más fieles a Jesucristo, siendo fieles a los hombres y mujeres de hoy. Para ello la CLAR nos ofrece un programa de reflexión y oración bajo el tema “*Por el camino de Emaús*”. Un material que nos ayuda a caminar juntos respondiendo a las interpelaciones del Señor que descubrimos en situaciones, relaciones, grupos y seres humanos concretos.

² Cfr. Boletín CONFERRE, 50

Sentimos la fuerza del Señor que se sienta a nuestra mesa para partir el pan. Se nos abren los ojos y lo reconocemos de nuevo. Nos ayuda a superar la tristeza y el desaliento. Y cada día regresamos a Jerusalén, a vivir con los hermanos y hermanas, anunciando con la palabra y la vida que merece la pena formar parte de ese colectivo compacto de hombres y mujeres en torno a una cultura de la relación, de la persona comunitaria, la convivencia, el respeto; la paz el encuentro basado en la ternura: la ecología, cultura cósmica, saber habitar y saber convivir; una cultura del diálogo, del reconocimiento mutuo y el encuentro; una cultura del encuentro con Dios, de la religión alegre y festiva, del Dios de la vida y de la felicidad; una cultura de la austeridad para compartir, de la esperanza movilizadora por la fuerza de los ideales del Evangelio.

Guatemala³

- Los 21 y 22 de agosto, estuvimos reunidos en la residencia de los Hermanos de la salle, ciudad San Cristóbal, con la participación de 32 religiosos y religiosas de diferentes congregaciones. El tema del encuentro fue *“Por el camino de Emaús, retos y desafíos para diseñar nuevas fraternidades”*.

El objetivo de dicho encuentro fue reflexionar sobre nuestra refundación como vida religiosa y propiciar una experiencia realmente intercongregacional, donde juntos y juntas podamos vislumbrar como responder a los retos y desafíos que nos presenta la realidad actual.

En el encuentro se compartió la realidad nacional y se compartieron temas como *“El legado de Monseñor Gerardi”* y *“Deshumanización de la humanidad”*, motivándonos a sostenernos desde los valores, sobre todo el de la fe para asumir nuestra realidad y servir a nuestros hermanos con los dones que el Señor nos ha regalado. Finalmente, el presidente de la Conferencia, P. Marcelino García, motivó para continuar este camino de refundación con el instrumento que nos propone la CLAR.

Uruguay⁴

- Con gran alegría vamos notando que muchas comunidades van rezando con las fichas de la carpeta *“Por el camino de Emaús”*, carpetas que se hace cada vez más significativas porque *“habla”* ó *“sugieren”* cosas que avivan la esperanza de los espíritus que se reconocen pobres y necesitados.

“El camino” es un símbolo rico y elocuente porque proyecta algo muy básico de vida humana que es su historicidad o procesualidad. Nos vamos haciendo en la vida o vamos conquistando la propia identidad en el *“caminar”* de cada día y a *“lo largo”* de toda la vida.

El camino puede ser concebido como algo trazado y hecho en determinado lugar para ser transitado por quienes deseen ir de un sitio a otro, o puede ser

³ Cfr. Carta CONFREGUA

⁴ Cfr. Carta FRU, 61

concebido como el resultado del propio caminar. El camino es algo hecho de antemano o algo que está por hacerse. Machado optó por esta segunda forma de entender el camino al decir que “*se hace camino al andar*”. Nuestro “*camino de Emaús*” tiene algo de las dos formas de concebir o entender “*el camino*” porque contamos con preguntas, pautas, sugerencias que al señalar horizontes nos ponen en camino. Esto es decir que hay orientaciones que guían el proceso pero no un camino establecido de antemano.

El “*Camino de Emaús*” se hace cada día porque se inspira en los caminos de la Palabra de Dios que por ser